

MESA REDONDA.

José Ignacio de Arana.

¿Quién ha visto, en un congreso o cualquier otra reunión científica, a los componentes de una Mesa Redonda sentados alrededor de una mesa redonda? Como nunca es así, ¿a qué viene ese nombre para calificar un tipo de ponencia en la que participan varios oradores, cada uno con un tema más o menos relacionado con el de los demás y abierto o no a debate mutuo y con los asistentes? Lo de Mesa Redonda evoca enseguida el recuerdo legendario del lugar en el que el rey Arturo se reunía allá en Camelot con sus caballeros –Lanzarote, Parsifal, Tristán, Gallahad...– para acordar las cuestiones del reino y los planes de nuevas aventuras. Y precisamente por ahí va el asunto, por lo que allí significaba esa forma: la estricta igualdad entre todos los miembros, la ausencia de prelación en ninguno de ellos, incluido el rey. Lo que se pretende al constituir una de estas modernas mesas, por muy rectangulares que sean, es también manifestar la homogeneidad de los participantes a los que se les presupone parejas cualidades cuando son designados para hablar de una cuestión concreta. Luego, en el curso de sus intervenciones es muy posible, casi seguro, que la audiencia ponga a cada cual en su sitio y ella establezca una escala jerárquica por el mérito respectivo de su ponencia, la habilidad expositiva o por ambas, aunque no necesariamente tienen que reunirse las dos cualidades en la misma persona.

Sin embargo, participar en una estructura tan igualitaria en su concepción como la Mesa Redonda, sí que señala una notable diferencia en el seno de la reunión científica en que se enmarca. Efectivamente, sus miembros disfrutan de un estatus de privilegio dentro del programa. Su intervención se considera, a priori, investida de una autoridad contrastada sobre determinada cuestión, y como consecuencia será seguida con interés por una mayoría de los asistentes, lo mismo que sucede con las conferencias magistrales o la de inauguración, impartidas por profesionales de prestigio. Mientras, las ponencias incluidas en los múltiples epígrafes de “Comunicaciones libres”, las que llevan, cargados de ilusión, y no pocas veces de miedo escénico, la mayoría de los congresistas que han trabajado meses en su elaboración, tienen que luchar para ser escuchadas durante diez escasos minutos por un menguado auditorio ya que el resto se halla repartido en los distintos recintos habilitados simultáneamente para las sesiones. Y, no obstante, esas comunicaciones constituyen el auténtico sentido del Congreso.

A REGAÑADIENTES.

José Ignacio de Arana.

En algún artículo anterior de este laboratorio se ha comentado la importancia del lenguaje corporal, también llamado “no verbal”, en la comunicación directa. Importancia que no pocas veces le hace superior al verbal que se considera como el propiamente humano. Lógicamente se trata de una forma de intercambio del pensamiento que hubo de preexistir a la palabra y que luego quedó subsumida en los posteriores modos de comunicarse que se demostraron más versátiles y con mayor capacidad para matizar las ideas que se querían expresar en cada circunstancia. Sin embargo, ese lenguaje gestual, aunque aparentemente venido a menos, quedó anclado en el asombroso arcano al que, muchos siglos después, algunos estudiosos de lo más profundo de la mente humana describirán con el sugestivo nombre de “inconsciente colectivo”, con los “arquetipos” como piezas fundamentales de su estructura. Corresponde, como es bien sabido, a Carl Gustav Jung el mérito de haber sabido atisbar, en el curso de sus desavenencias ideológicas con Freud, ese mundo oculto que pugna por salir constantemente a través del comportamiento y de los gestos en apariencia involuntarios; y el no menor de estructurar un apasionante viaje por sus vericuetos. Se trata de un auténtico “lenguaje primordial” y, por eso mismo, universal, común a todas las gentes que, al fin y al cabo, procedemos de una sola raíz o de unas pocas estrechamente emparentadas. Una característica derivada de ese prístino origen es que se ha salvaguardado casi por completo la identidad de sus manifestaciones, es decir, que los gestos serán los mismos aquí que muy allá. Pensemos en el detalle de que instintivamente, al contactar con otra persona cuyo idioma desconocemos, tendemos a realizar unos gestos – de tú y yo, de comer, de dormir, de interrogación, de subir o bajar, etc.- que pueden ser objetivamente hasta ridículos o extravagantes y el otro ¡nos entiende perfectamente! La mayoría de las veces esa gesticulación no tiene nombre propio. Pero en ocasiones sí lo tiene y muy expresivo por cierto. El disgusto o repugnancia de hacer algo o el hacerlo “de mala gana” se trasluce muy a menudo en un gesto, más o menos perceptible, de atenazar los dientes o de adelantar ligeramente la mandíbula inferior en un ademán de prognatismo. Lo hacemos todos. Y en español llamamos muy gráficamente a ese gesto “a regañadientes”, un atavismo, quizá, de otro gesto de agresividad contenida hacia quien nos hace el encargo o da la orden. Maravillas del lenguaje.

CHATS, TERTULIAS Y MENTIDEROS.

José Ignacio de Arana.

Las palabras del título hacen referencia a un solo concepto: el de gentes de muy diversa condición que se reúnen para comentar, debatir o directamente disputar sobre cualquier asunto, o más comúnmente sobre cien asuntos dispares e inconexos y, con preferencia lo hacen de manera pública, mejor cuanto mayor y más variopinta sea la audiencia. El único factor común que puede descubrirse entre los participantes es el de que allí todos creen saber absolutamente de todo y se arrojan la capacidad no ya de opinar, que eso sería discutible pero tolerable, sino de pontificar, de hablar *ex catedra* acerca de lo divino, lo humano y lo mediopensionista.

Durante los siglos XVI y XVII fueron comunes en España, sobre todo en Madrid, los llamados **mentideros**. Eran lugares públicos de reunión, generalmente al aire libre, y con especial predilección por los amplios atrios de algunas grandes iglesias. El más famoso entre todos fue el de las gradas de la iglesia de San Felipe Neri, situada en la confluencia de la calle Mayor y la Puerta del Sol, o sea, en el mismísimo meollo del por entonces caótico callejero madrileño. Allí se daban cita cientos de desocupados habitantes de Madrid, categoría a la que pertenecían casi todos, y no pocos forasteros, ávidos de conocer las últimas comidillas que se cocían en la capital de más de medio mundo ya que en ese lugar se aventaban algunas verdades envueltas en muchas mentiras y habladurías. En el siglo XIX y hasta bien entrado el XX se prodigaron por nuestros cafés y botillerías las **tertulias**, con sus grupos de habituales participantes y los numerosos grupos de “mirones” que seguían extasiados las intervenciones de aquéllos. Sus mejores descripciones las encontramos en el cuadro de Gutiérrez Solana *La tertulia del Pombo*, con Ramón Gómez de la Serna ejerciendo de sumo pontífice de la palabra, y en las páginas de *La colmena* que magistralmente escribió Cela.

Hoy, las tertulias han cambiado su lugar de celebración trasladándose a los estudio de radio y de televisión, pero apenas han modificado su formato salvo que los “mirones” están sentados en sus propio hogares. Y también Internet participa. Son sus tertulias y mentideros los **blogs** y los **chats**. Va disminuyendo el contacto físico directo entre habladores y escuchantes, pero la influencia de unos en el pensamiento de los otros continúa siendo muy poderosa y disfrutan de una autoridad en la elaboración de la opinión pública que para sí quisieran quienes lo tienen por oficio.

LAS PROTEICAS PROTEÍNAS.

José Ignacio de Arana.

La mitología subyace en el pensamiento del hombre moderno como lo ha hecho en el de todos los tiempos aunque éste, ayer u hoy, alardee de racionalista y reniegue de cualquier dependencia de aquellos relatos que dejaron cantados o escritos otros hombres de épocas casi perdidas en la historia. Carl Gustav Jung supo ver con claridad esta certeza y en ella basó gran parte de su fundamental teoría psicoanalítica que compite, a mi juicio con ventaja, con la freudiana, más divulgada, sin embargo, y por tanto conocida por los no profesionales de estos asuntos del subconsciente. Así, hubo de suceder en la manera de pensar de quienes, desde un campo de la ciencia más puramente positiva, decidieron designar con el nombre de proteína al elemento bioquímico fundamental en la estructura de todo ser vivo. Todos somos, al fin, nuestras proteínas. Como una de las características esenciales, si no la que más, de esas cadenas de aminoácidos es su casi infinita capacidad de adquirir las formas más dispares, al investigador se le vino a las mientes, quizá desde aquellos arcanos del subconsciente, la imagen de un ser fantástico de cuya existencia se habían hecho eco muchos escritores de la antigüedad recogedores de mitos que se disolvían en la memoria humana. Y así reapareció la figura espectacular de Proteo.

En la mitología griega, Proteo, Πρωτεύς, era un antiguo dios del mar, una de las varias deidades a las que Homero en la Odisea llama “ancianos hombres del mar” Su nombre parece hacer referencia a una cierta primacía entre los de su clase. Era hijo de Poseidón o de Océano y de una náyade, y fue hecho pastor de las manadas de focas de su padre, entre las que aparecía como un gran león marino. Vivía en la isla de Faro, junto al delta del Nilo. Su figura y sus andanzas las relatan de manera más detallada Homero, Eurípides, Virgilio y Ovidio. Un resumen de ellos podría ser el siguiente: Podía predecir el futuro, pero para evitar tener que hacerlo a quien le preguntaba se transformaba en cualquier objeto o animal y sólo respondía a quien fuese capaz de vencerlo en lucha singular. Cuando había finalizado su profecía regresaba al mar.

Los alquimistas medievales lo tomaron como símbolo de la materia primordial que andaban buscando entre sus crisoles y alambiques. No andaban, pues, tan descaminados aquellos antepasados médicos. Hoy las proteínas son esa materia alquímica aunque aureolada de ciencia y modernidad.



Proteo según un grabado antiguo.

DUERMEVELA.

José Ignacio de Arana.

Hoy quiero hablar de una palabra preciosa de nuestra lengua, no sé si muy en uso aunque me parece que no. El DRAE le adjudica dos acepciones en su última edición: 1. “Sueño ligero en que se halla el que está dormitando”, algo así, pues, como un sesteo, y 2. “Sueño fatigoso y frecuentemente interrumpido”, lo que el habla popular dice “un maldormir”. Pero aun cabe añadir otra que es la que he escuchado utilizar con más frecuencia: duermevela sería ese período, generalmente breve, que precede inmediatamente a perder la conciencia con el sueño profundo y también el que anticipa el completo despertar; ambos son tiempos de difícil si no imposible cronometraje, si bien las modernas tecnologías que se utilizan para el estudio del sueño, las polisomnografías por ejemplo, permiten identificarlos bastante bien en los registros del EEG y así mismo las imágenes obtenidas con los procedimientos de PET son capaces de mostrar cambios significativos en la función cortical justo al principio y al final del sueño propiamente dicho. Pero lo que me interesa comentar no es la demostración científica del duermevela, algo que para cualquiera es evidente sin más que apelar a la propia experiencia; tanto que, parafraseando unos célebres versos, aunque no se demostrase, existiría.

Lo que quiero destacar es cómo ese lapso de tiempo es extraordinariamente proclive a la aparición en el pensamiento, quizá a caballo entre el consciente y el subconsciente –y que los lectores que saben de psicoanálisis me perdonen este posible disparate- de brillantes ideas, espléndidas composiciones visuales y hasta auditivas que, por desgracia, suelen desvanecerse como humo cuando queremos recordarlas al recuperar el estado de vigilia. Algunos privilegiados, o todos nosotros en alguna contadísima ocasión, consiguen mantenerlas lo suficientemente vívidas y por el tiempo justo para poder aprovecharlas. Desde luego, esas visiones de duermevela son una fuente tan escasa como valiosa para una posterior creación literaria o artística y estoy seguro de han sido la inspiración de algunos artistas para obras que sorprenden especialmente por su temática y sus hechuras. Pienso en nuestro Goya o en el Greco, en Dalí y Picasso; en estructuras en piedra y hierro de Gaudí; en ciertas piezas de Bach o de Haydn; en páginas de santa Teresa de Jesús, estrofas de san Juan de la Cruz e imágenes sin duda oníricas de Álvaro Cunqueiro. Si a todo esto le hallamos, además, una interpretación bioquímica, pues estupendo, pero no les hace ninguna falta.

LA RIMA Y EL APRENDIZAJE.

José Ignacio de Arana.

Quienes llevan a sus espaldas muchos años de estudios saben bien que la primera etapa de todo proceso de aprendizaje consiste en la memorización de la cuestión a aprender tal como figure en un texto escrito o en las palabras de un docente. Es una labor que requiere tiempo y práctica y esta última se comienza a adquirir en la infancia con la repetición de las frases y de los pequeños relatos que el niño escucha de labios de sus padres; luego, los procedimientos didácticos, al menos hasta hace poco, fomentan el desarrollo de la memoria. Desde luego que sólo una buena memoria no garantiza un correcto entendimiento de cualquier asunto, pero sin ella sería mucho más difícil; un actor capaz de aprenderse los diálogos y monólogos de Shakespeare no es necesariamente más inteligente que otro individuo que a duras penas recuerda los catorce versos de un soneto. Los estudios que a lo largo de su vida realiza una persona se van haciendo cada vez más complejos y, en algunas disciplinas más que en otras, la capacidad de memorización será esencial; claro que juntamente con la memoria se han de estimular y ejercitar otras cualidades de la inteligencia que serán las que hagan fructificar lo aprendido. La memoria, tan necesaria, pues, tiene que ser ayudada y para esa labor se han ido creando procedimientos que forman las llamadas reglas nemotécnicas, algunas de las cuales, aparentemente absurdas, hemos utilizado todos en numerosas ocasiones. Recuerdo ahora aquello de “cuando el oso toca el pito, el mico toca el silbato” con que aprendíamos en química elemental la formulación de los ácidos y sus bases; o las disparatadas frases que nos permitían acordarnos de las enrevesadas características de las distintas bacterias necesarias para aprobar la asignatura de microbiología.

Pero sin duda, es la rima la mejor arma para la memoria, la rima o su cadencia musical. Así se recordaron los poemas de Homero, los cantares de gesta de todas las culturas, los denostados reyes godos, los ríos y sus afluentes, los refranes con su sabiduría concentrada, y hasta las tablas de multiplicar. En los actuales planes de estudio –“proyectos curriculares”, los llaman con sublime cursilería y ganas de retorcer el idioma-, la memoria está denostada y la rima no digamos, pero sigue siendo la primera “potencia del alma” que nos enseñaron en el colegio. Además de constituir una estupenda forma de disciplinar el entendimiento.

PROTOCOLO.

José Ignacio de Arana.

Protocolo es palabra que hoy no se cae de los labios y, sobre todo, del modo de actuación de los médicos en su quehacer diario. No busquemos el significado que aquí se le da en el DRAE ni en ningún otro diccionario al uso común. Según éstos, protocolo, aparte de su principal acepción como documento de registro notarial, es también el acta de un acuerdo, conferencia o congreso diplomático. En cualquier caso, parece hacer referencia a algo inamovible, que precisamente adquiere su valor en esa fijeza que queda suscrita y custodiada como garantía para su cumplimiento. Pero protocolo en el habla médica alude más bien a una pauta, en el sentido que este vocablo tenía originariamente de serie de líneas a seguir para no desviarse en la escritura. Se trata de una orientación, de unas normas establecidas convencionalmente para que cualquier médico, no se desvíe, en el proceso diagnóstico o terapéutico de un paciente, de aquella sistemática que el consenso considera ortodoxo; es un concepto íntimamente unido a lo que se denomina “medicina basada en la evidencia”. Así, ante un paciente con cualquier síntoma o signo, habrá una lista ordenada y jerarquizada de exploraciones clínicas y complementarias, así como otra de tratamientos para la enfermedad diagnosticada.

Qué duda cabe de que la utilización de los protocolos aporta tres significativas ventajas. Por un lado, facilita el acto médico como la pauta facilitaba la caligrafía; por otro, garantiza que ese acto se realice de igual modo sea cual sea el servicio de asistencia al que haya acudido el paciente y siempre de acuerdo con lo más avanzado del conocimiento médico; por último, y desde luego no lo menos importante, el cumplimiento estricto del protocolo avala la labor del médico ante una posible reclamación; las reseñas judiciales están llenas de casos en que ese dato ha sido determinante para exculpar al profesional de una demanda por negligencia o mala praxis. Tres razones de peso para que los protocolos presidan los actos médicos. Pero si es doctrina universalmente aceptada la de que “no hay enfermedades sino enfermos”, será igualmente justo plantear la obligación de “personalizar” los protocolos, algo que, en principio, parece una contradicción pero que es vital para mantener la humanización de nuestro oficio. No es tarea fácil; nada en medicina lo es; mas el primer beneficiario será el enfermo. ¿O es que pensamos que éste no se da cuenta de cuándo está siendo atendido de forma individualizada y cuándo de manera protocolizada?

ALFONSO PASO.

José Ignacio de Arana.

España es una nación desagradecida con sus personajes singulares. En vida se les procura amargar perseguidos por la envidia, aunque cuenten en ocasiones con muchos admiradores sinceros y entusiastas; recién muertos se les dedican homenajes plañideros; apenas crece la primera hierba sobre sus tumbas, se les olvida como si nunca hubiesen existido. Esta norma de ninguneo extremo se cumple a rajatabla en esta tierra nuestra por la que Antonio Machado vio cruzar la sombra de Caín. Y si su aplicación es general, alcanza sus cotas más destacadas en cuanto a los artistas de las letras se refiere. ¿Quién hoy, una generación nada más después de su fallecimiento, recuerda, y menos aún lee, a autores como Cunqueiro, Camba, Fernández Flórez –gallegos todos ellos, por cierto-, Plá, González Ruano, Madariaga y tantos otros que gozaron de gran popularidad. Nada diremos de los escritores de la Generación del 98, Baroja, Azorín, Unamuno, Valle Inclán, etc., relegados a la triste condición de fósiles literarios y con sus libros esperando la extravagancia de algún lector en las librerías de lance. En nuestra patria el teatro siempre despertó gran afición y hasta entusiasmo desde antes del Siglo de Oro y hasta casi ayer mismo; mucha más, sin duda, que la literatura “de leer”, y hemos tenido notables autores de este género que arrastraban a verdaderas multitudes hasta las plateas y gallineros de los teatros. Pero ¿qué fue de los Casona, López Rubio, Buero Vallejo, Lauro Olmo, Mihura, Jardiel Poncela, Paso...?

Especial memoria nos ha de merecer Alfonso Paso (1926-1978) porque este autor era médico. Efectivamente, Paso hizo la carrera de medicina y la especialidad de psiquiatría, además de las de Historia y Periodismo. Una muestra más de su personalidad extraordinariamente polifacética que, sin embargo, dedicó casi en exclusiva a las letras. Nació en Madrid, hijo de Antonio Paso, autor teatral y de zarzuela y de la actriz Juana Gil. Estrenó su primera comedia en un acto, *Un Tic Tac de Reloj* en 1946 y después más de doscientas comedias en todo el mundo. Alfonso Paso es, sin lugar a dudas, el autor español más prolífico del siglo XX y el más representado. En 1968 tenía simultáneamente 7 obras en cartel en teatros de Madrid. Fue también actor y protagonizó varias películas y cuatro de sus obras. En 1963, su comedia *El Canto de la Cigarra* fue estrenada en el teatro Anta de Nueva York, convirtiendo a Paso en el primer autor español vivo en estrenar en Broadway. Además, destacó como autor de guiones de cine y columnista de prensa.

PANGLOSSIANO.

José Ignacio de Arana.

François Marie Arouet, más conocido por su seudónimo de Voltaire (1694-1778), es uno de esos individuos, tan abundantes en el mundo del pensamiento y de las letras, al que se puede admirar por su estilo literario, se pueden compartir algunas de sus opiniones, pero de ninguna manera es deseable ni apetecible conocer y menos aún tratar personalmente. Claro que en este caso juega a nuestro favor el factor cronológico, cosa que por desgracia no sucede con algunos personajes contemporáneos nuestros que se caen del pedestal según nos acercamos a ellos. Como quiera que sea, es innegable que el escritor y filósofo francés prerrevolucionario tuvo en su tiempo una influencia extraordinaria que en muchos aspectos perdura a través de los siglos. Volteriano es todavía un adjetivo con resonancias inquietantes y que evoca agrias diatribas contra una cierta escala de valores. Voltaire, fiel a su época, no dejaba de propugnar sus ideas filosóficas ni cuando escribía obras aparentemente de índole narrativa. Es el caso de su novela *Cándido* en el que aparece un personaje llamado Pangloss, tutor y compañero del protagonista. Se trata de un individuo seguidor a ultranza de las doctrinas del filósofo y matemático Leibniz –satirizado aquí por el irascible francés-, quien en una de sus obras había dicho que “vivimos en el mejor de los mundos posibles”, por lo que se le considera el inspirador del “optimismo metafísico”. Pangloss señala continuamente que “no existe efecto sin causa”, o sea, que todo lo que existe, desde la nariz de nuestro rostro hasta las catástrofes naturales, responde a un propósito específico. Panglossiano se ha hecho, pues, calificativo para quienes manifiestan un permanente optimismo ante cualquier situación, por mala que ésta sea, y además son irreductibles a los argumentos que se les exponen en contra.

En la medicina, en la ciencia en general, abunda el panglossianismo. Cualquier avance es bueno, es siempre hacia delante, aunque estemos demasiado acostumbrados a contemplar cómo algunos de ellos ampliarán los tratados científicos y llenarán de admiración al público, a través de su difusión por los medios, pero es cuando menos dudoso que supongan una mejora para la conciencia humana e incluso a veces para la ética. El biólogo francés Jacques Testart, agnóstico, iniciador de las técnicas de manipulación embrionaria, ha llegado a propugnar lo que él llama la “ética del no descubrimiento”.

OCKHAM, SU NAVAJA Y LA SESIÓN CLÍNICA.

José Ignacio de Arana.

La Edad Media, llamada así con ánimo despectivo por Voltaire y los encyclopedistas franceses del XVIII, fue un largo periodo de la historia, mil años casi exactos, en el que, al menos en su segunda mitad, la dialéctica, el arte de debatir sobre todos los asuntos divinos y humanos, fue la principal actividad de los intelectuales. Ciertamente esas discusiones alcanzaban muchas veces cotas de disparate al retorcer las argumentaciones una y otra vez hasta hacer irreconocible la cuestión inicial. En estos asuntos destacaban sobre todos los miembros de las nacientes universidades, la mayoría de cuyos maestros pertenecían a dos órdenes religiosas también de reciente fundación: dominicos y franciscanos. Son muchos los personajes de la época que establecieron métodos de conocimiento que siguen siendo válidos siete u ocho siglos después. Pero entre tan arduas y a veces enconadas controversias, un fraile franciscano inglés, Guillermo de Ockham (1280-1349), va a establecer un hito llamado a transformar en gran parte los modos de pensamiento tanto medievales como modernos. Se trata del denominado *principio de economía* o *principio de parsimonia*, según el cual cuando dos explicaciones se ofrecen para un fenómeno, la explicación completa más simple es preferible; si dos teorías en igualdad de condiciones tienen las mismas consecuencias, debe preferirse la teoría más simple a la más compleja. "*La explicación más simple y suficiente es la más probable, mas no necesariamente la verdadera.*" *Pluralitas non est ponenda sine necessitate* o la pluralidad no se debe postular sin necesidad. La denominación de *navaja de Ockham* se creó en el siglo XVI, otro periodo de auge filosófico en Europa, y con ella se quería decir que, mediante ese principio, Ockham "afeitaba como una navaja las barbas de Platón" ya que de su aplicación se obtenía una notable simplicidad por contraposición a la filosofía platónica.

Con frecuencia los médicos convertimos nuestras Sesiones Clínicas en largas y farragosas discusiones sobre el origen y el modo de evolución de un proceso patológico, planteándose distintas y encontradas hipótesis. En estos casos, el médico presente con más experiencia y más sentido común, que quizás no sepa quién fue Ockham, suele aplicar su navaja y allana la cuestión ante el desconcierto y hasta el desdeñoso escepticismo de los más novatos. ¡Si además supieran que era un fraile!

MIRAR Y VER. OÍR Y ESCUCHAR.

José Ignacio de Arana.

El idioma español posee vocablos con una polisemia que desconcierta a quienes se acercan a él con ánimo de estudio; pero en otras ocasiones nuestra lengua se muestra exquisitamente rica en matices para nombrar las cosas y, sobre todo, las acciones. El ejemplo más conocido es el de la existencia de los verbos *haber* y *tener*, *ser* y *estar*. De significado claro para un hispanohablante desde sus primeros escarceos con el lenguaje, que los manejará con la soltura y la correcta adecuación con la que utiliza un movimiento automático de las manos, sorprenden y admirarán al foráneo por lo diáfanalemente que distinguen cuatro acciones para las que muchos de ellos, como los angloparlantes, cuentan sólo con el *to have* y el *to be*, y han de buscar formas adverbiales al componer sus frases para mostrar la diferencia en el sentido de las mismas.

Hoy quiero referirme a otros cuatro verbos españoles con un significado perfectamente señalado por la preceptiva aunque en este caso su uso es menos correcto en el lenguaje popular, sin que salten enseguida, como ocurriría con el *ser* y *estar* por ejemplo, las alarmas auditivas, tan sensibles en quienes gustan del buen decir. Es muy habitual que se tergiversen incluso por personas por lo común bien habladas. Me refiero a *mirar* y *ver*; a *oír* y *escuchar*.

Mirar es la simple acción de dirigir nuestra vista hacia un objeto o persona, una acción que no requiere ningún esfuerzo volitivo por parte del individuo que la realiza. *Ver* es fijar la atención en un objeto, analizar sus detalles o su significado y razonar, aunque sea mínimamente, sobre él sacando alguna conclusión. Miramos el tráfico de coches, pero vemos el que nos gusta, el autobús que esperábamos o el que hace una maniobra llamativa. Miramos a un grupo de personas, pero vemos a la que se ha citado con nosotros; etcétera.

Algo similar sucede en el otro caso. La mejor forma de diferenciar los actos de *oír* y de *escuchar* es aludiendo a la intencionalidad. *Oír* es algo que hacemos independientemente de nuestra voluntad. *Escuchar* implica prestar atención a “algo” que se oye. Oímos el ruido de aquel tráfico, pero escuchamos la conversación de nuestro acompañante; oímos los cien sonidos del campo, pero escuchamos el trino del mirlo o el crotoreo de las cigüeñas en lo alto de su nido.

¿Fruslerías ligüísticas? No; respeto por una lengua maravillosa: la nuestra.

ADIÓS Y HASTA LUEGO.

José Ignacio de Arana.

La sociología debe utilizar como campo y material de estudio el lenguaje hablado. De él se pueden extraer jugosas conclusiones o, cuando menos, útiles indicaciones de por dónde discurre el pensamiento de una sociedad, a veces hasta en sus recovecos más íntimos. Se habla, en general, como se piensa y, en sugestiva reciprocidad, se termina pensando como se habla. Esto último es extraordinariamente importante porque el lenguaje, sobre todo el coloquial, está sujeto de manera muy sensible a los imperativos de las modas que aquí, al igual que en otros aspectos de la vida social, comienzan con su uso por parte de una minoría y al final se pierde la noción de su origen para convertirse en bienes mostrencos. Además, poco importa a la postre de quién y en dónde nació; todos se creen "originales" en su uso aunque estén rodeados de imitadores que desdican ese tinte innovador del que se presume.

Nada hay tan común en un lenguaje como las fórmulas del saludo y la despedida; se pronuncian decenas de veces cada día por cualquiera. Y, sin embargo, hasta ahí penetra la moda. En español, la fórmula habitual de despedida, aparte de los flecos de cortesía con que cada uno y en cada situación especial se adorne, ha sido siempre *adiós*. Esta palabra tiene una clara connotación religiosa y surge como síncopa de otras expresiones más antiguas del tipo de "vaya usted con Dios" o "que Dios te acompañe". Natural en una nación en que la religión impregna y ha modulado un sinfín de comportamientos. Ciertamente, en otros idiomas próximos como el inglés, el francés, el italiano o el alemán, se dice *good bye*, *au revoir*, *chao* o *auf Wiedersehen*, que en nada hacen referencia a la divinidad.

De un tiempo, bastante ya, a esta parte el *adiós* se ha sustituido por el modismo "*hasta luego*", carente de sentido en la inmensa mayoría de las ocasiones. Decimos lo mismo "*hasta luego* al hijo que sale de casa para volver a cenar que al desconocido que sale del ascensor y al que, seguro, no volveremos a ver ni luego ni quizá nunca. ¿Se trata de una forma de laicización de las costumbres a través del lenguaje? Yo estoy convencido de que así es. Insisto en que las palabras modifican el pensamiento, y el actual no es muy proclive precisamente a evocaciones religiosas ni siquiera en algo tan aparentemente banal como la cortesía de despedida.

PATROCINIO Y MECENAZGO.

José Ignacio de Arana.

Hay muchos trabajos en esta vida que no redundan en un beneficio material o económico, directo ni, desde luego, inmediato. Son principalmente los de índole intelectual y la práctica de las llamadas bellas artes. Pero llevarlos a cabo necesita tiempo y el tiempo, mal que nos pese, cuesta dinero aunque no sea más que para el elemental mantenimiento del individuo y de los que de él dependan. Así fue siempre: “*primum vivere, deinde philosophare*”. Afortunadamente siempre ha habido individuos que poseyendo bienes económicos fruto de cualquier otra actividad, pero siendo amantes o meros aficionados a unas artes para cuya práctica no están o no se sienten capacitados, deciden dedicar una parte de su dinero a financiar a los artistas. Esta filantropía, sin embargo, no es absolutamente desinteresada, si bien los beneficios obtenidos no se midan por lo general en provechos económicos sino de otra índole, quizá tan importantes o más que éstos. A esa práctica se la conoce tradicionalmente con el término de *mecenazgo* y sólo recientemente recibe el apelativo de *patrocinio*, sobre todo cuando se efectúa sobre actividades no estrictamente englobables en la categoría de artísticas. El primero recibe su nombre del noble romano Cayo Cilnio Mecenas, consejero de César Augusto, que otorgó generosamente protección a artistas contemporáneos suyos entre los que destacan los poetas Virgilio, autor de *La Eneida*, un poema escrito a mayor gloria de Roma, y Horacio que escribió su *Ars poetica*. Luego el Renacimiento no hubiera sido lo que fue sin la existencia de mecenas que tomaron bajo su amparo económico y social a cientos de artistas; entre estos protectores habrá que destacar a la familia Médicis de Florencia y a muchos Papas de Roma. Todos ellos están en la historia más por los trabajos de sus protegidos que por su propia trayectoria biográfica.

Patrocinio es la ayuda económica, o de otro tipo, generalmente con fines publicitarios, que se da a una persona para que pueda realizar una actividad. Aquí entran ya otras finalidades como las deportivas en un lugar destacado y también no pocos proyectos científicos de todo tipo, incluidos, claro está, los médicos.

El *Diccionario Salamanca* señala las diferencias entre ambos. El mecenazgo desempeña un papel público ante la sociedad, con una audiencia limitada y efectos a largo plazo. El patrocinio muestra una imagen comercial ante el consumidor, tiene una audiencia numerosa, y busca la explotación publicitaria y la rentabilidad a corto plazo. Muy bienvenidos sean ambos.

GAUDEAMUS Igitur.

José Ignacio de Arana.

El himno universitario por excelencia, entonado en multitud de actos académicos en todo el mundo, se inicia con esas palabras latinas: *Gaudeamus igitur*, cuyo significado desconoce la inmensa mayoría de quienes las pronuncian en unas universidades que hace mucho tiempo perdieron el latín no ya como lengua franca de los estudios, sino hasta como mínima referencia cultural. Los orígenes de su interpretación se encuentran en las universidades alemanas de principios del siglo XVIII. El autor de la letra permanece anónimo aunque quizá se inspirara en textos medievales muy parecidos a los de los *Carmina Burana*, que mezclan las alusiones a la brevedad de la vida con estrofas en las que estallan las ganas de vivirla y los modos juveniles y goliardescos de hacerlo. La música con la que todavía se acompaña tampoco tiene un autor cierto, pero se atribuye a J.C. Grünlaus con alguna modificación posterior del teólogo protestante C.W. Kindleben.

El poema es bastante largo y de él suelen interpretarse unas pocas estrofas – los actos y los asistentes no están para latines- que a menudo tan solo se tararean. Con todo, debo confesar que a lo largo de mis ya muchos años ligado a la Universidad, todavía se me ponen los pelos de punta cuando lo escucho, y no digamos si además se hace bien. Veamos, con su traducción, algunos de esos versos e imaginemos a aquellos estudiantes de ropón y sombrero, con tanto hambre de sabiduría como de comida y a sus maestros venerables; poco que ver, en verdad, con los especímenes que hoy deambulan y habitan en nuestras universidades.

Gaudeamus igitur,/ iuvenes dum sumus./ Post iucundam iuventutem,/ post molestam senectutem,/ nos habebit humus. (Alegremonos pues,/ mientras seamos jóvenes./ Tras la divertida juventud,/ tras la incómoda vejez,/ nos recibirá la tierra.)

Vivat Academia,/ vivant professores./ Vivat membrum quodlibet,/ vivant membra quaelibet,/ semper sint in flore. (Viva la Universidad,/ vivan los profesores./ Vivan todos y cada uno/ de sus miembros,/ resplandezcan siempre.)

Vita nostra brevis est,/ breve finietur./ Venit mors velociter,/ rapit nos atrociter,/ nemini parcetur. (Nuestra vida es corta,/ en breve se acaba./ Viene la muerte velozmente,/ nos arrastra cruelmente,/ no respeta a nadie.)

Alma Mater floreat/ quae nos educavit,/ caros et commilitones/ dissitas in regiones/ sparsos congregavit. (Florezca la Alma Mater/ que nos ha educado,/ y ha reunido a los queridos compañeros/ que por regiones alejadas/ estaban dispersos.

PRÓDIGO Y PRODIGIO.

José Ignacio de Arana.

Muchas veces se ha comentado en este laboratorio la impropiedad con la que se utilizan en el lenguaje común términos cuyo sentido real es muy diferente y que están amenazados de perderlo precisamente por ese mal uso. La palabra *pródigo* se toma por definición de alguien que regresa al seno de una institución o grupo humano después de haber salido de ellos de forma abrupta o desairada. Seguramente influye en este error la incompleta interpretación de la famosa parábola evangélica. En ella el hijo vuelve, sí, al hogar paterno, pero sólo después de haber derrochado su rica herencia y acabar cuidando de una piara de cerdos. A este detalle se refiere precisamente el título del relato: Pródigo es, según el DRAE en su primera acepción, quien desperdicia y consume su hacienda en gastos inútiles, sin medida ni razón. La prodigalidad, entendida en este sentido de desperdicio y gasto excesivo, está contemplada en el Código Civil (Arts., 294-298) como una causa de incapacitación de un individuo para el manejo de sus bienes cuando hay personas, por lo común familiares, perjudicados en sus derechos por ese dispendio del patrimonio, aunque se exija un meticulooso procedimiento para demostrarla y que tenga efecto jurídico. Ciento que las autoridades del lenguaje se ven en la necesidad de admitir otros sentidos de la palabra y así, como últimas acepciones recogidas, dicen de prodigalidad que es “abundancia o multitud”, y que pródigo es quien “tiene o produce gran cantidad de algo”.

Prodigo, por su parte, es un “suceso extraño que excede los límites regulares de la naturaleza” o bien una “cosa especial, rara o primorosa en su línea”; algo parecido a un milagro, en suma. También recibirá ese apelativo la “persona que posee una cualidad en grado extraordinario.” Como se ve, ambos conceptos, pródigo y prodigo, son bien distintos a pesar de su similitud de escritura y pronunciación.

En medicina asistimos de continuo a prodigios, como en casi cualquier ciencia, aunque quizá más en esta que tan de cerca toca a la naturaleza humana y es por ello más directamente percibida por el sujeto que se beneficia en última instancia de ese logro. Pródigos, en el prístino sentido del término, no abundan, aunque no falte quien derrocha bienes, materiales o intelectuales, que no le pertenecen en exclusividad. Y aquí cabría incluir a aquellos sujetos que derrochan precisamente su salud en perjuicio de otras personas o de la sociedad toda.

CÁNCER COMO METÁFORA.

José Ignacio de Arana.

En el curso de un debate o tertulia televisados de los que tanto proliferan actualmente en todas las cadenas, se quejaba un espectador de que los comentaristas manejaban de continuo la palabra *cáncer* para referirse a actitudes o situaciones que destruían poco a poco y desde dentro las estructuras sociales: económicas, laborales o de mera convivencia. Se notaba a las claras en la queja un reproche de alguien seguramente afectado en sí mismo o en una persona de su intimidad por alguna enfermedad cancerígena contra lo que le parecía una banalización del término. Y hemos de reconocer que no le falta razón a esa persona. Desde luego es tentador utilizar terminología médica corriente en el lenguaje coloquial. Se entiende con facilidad por personas de casi cualquier nivel y goza de la aureola de ciencia que siempre es un valor añadido para las personas precisamente más alejadas de esa misma ciencia. Lo que sucede es que la enfermedad, cualquier enfermedad, puede ser un tema de conversación entretenido, interesante o simplemente morboso, pero sólo cuando se habla de ella citándola como ente abstracto o refiriéndose a su padecimiento por una tercera persona. Mas si llega a tocarnos a nosotros, la cosa cambia sustancialmente; entonces cualquier mención, por marginal que sea, escuece en carne propia y saca a relucir una idea hiriente a la que los mecanismos mentales de defensa quizás han procurado, puede que hasta con éxito, escamotear entre los repliegues del pensamiento. La mente es un universo tan sugestivo como proceloso de transitar y en ella se elaboran complicados procedimientos encaminados a que el sujeto, cada uno a su manera aunque sea posible dibujar ciertos patrones comunes, sufra lo menos posible la dureza de la realidad objetiva. Y uno de los más eficaces, lo saben muy bien los psicoanalistas, es la negación de esa realidad omitiendo su nombre. De alguna manera y en cuestiones no necesariamente de enfermedad, esto lo hacemos todos a veces.

Algo parecido sucede con otro término muy usado fuera de su estricto sentido médico: *infarto*. Se oye hablar de “precios de infarto”, “carrera de infarto”, y expresiones similares aludiendo a situaciones que provocan sobresalto o tensión nerviosa, dos condiciones que la opinión vulgar considera asociadas a la aparición

del infarto de miocardio. Un paciente infartado las escuchará con disgusto porque él sí sabe muy bien lo que esa palabra ha significado en su vida.

ENVIDIA.

José Ignacio de Arana.

La polisemia de algunas palabras en español puede traer de cabeza al hablante e incluso no pocas veces al escribiente en nuestro idioma, y obliga también a menudo a utilizar circunloquios explicativos de lo que se ha querido decir al pronunciarlas. El caso más representativo de esto que digo es la palabra *envidia*. Procedente del latín *invidia*, ceguera o invidencia, y tan importante como para formar parte de los pecados capitales, se definía originariamente como “tristeza o pesar del bien ajeno.” Los muchos tratadistas que en todas las épocas se han ocupado de comentar esta perversión moral –desde Padres de la Iglesia hasta filósofos laicos– han señalado una característica fundamental en la envidia: es en realidad un ejercicio de automortificación; efectivamente, con ella sufre mucho más el envidioso que el envidiado; este último puede que en una mayoría de las ocasiones no llegue ni siquiera a conocer el sentimiento que suscita en el otro. A los españoles se nos acusa de tener a la envidia como defecto nacional y de que ese dolor por el bien ajeno laстра nuestra convivencia y resta fuerzas al trabajo colectivo. No es momento ni lugar para discutir el estereotipo, pero baste decir que en toda partes cuecen habas aunque en nuestra casa lo hagamos a calderadas; la condición humana no entiende de fronteras geográficas.

Sin embargo, cuando en nuestro lenguaje coloquial decimos sentir envidia de alguien no solemos en modo alguno querer decir que suframos porque ese alguien tenga algo, sino que nos gustaría tenerlo *también* nosotros, sin desearte ningún perjuicio al otro, ni siquiera la pérdida del bien en cuestión. El DRAE viene en nuestra ayuda al aceptar asimismo, desde no hace muchas ediciones, la definición de envidia como “emulación, deseo de algo que no se posee.” No es, ciertamente, una definición que se avenga a la etimología de la palabra pero al menos sirve para reforzar una realidad de la lengua con la autoridad de la Academia. De todas formas, ese mismo lenguaje del día a día ha acuñado una expresión que es en sí misma un oxímoron: *sana envidia*, con la que despachamos el resquemor de conciencia que inevitablemente nos corre el ésta cuando sacamos la dichosa palabra a relucir. En ciencia, en medicina por tanto, es frecuente este sentimiento que fomenta la emulación, uno de sus motores principales y, desde luego, en modo alguno malicioso.

AD LIBITUM Y EX JUVANTIBUS.

José Ignacio de Arana.

Las locuciones latinas aparecen con relativa frecuencia en el lenguaje coloquial a poco que éste tenga, o presuma de tener, una pátina de cultura. Generalmente se utilizan mal sin que nadie parezca darse cuenta porque el vocabulario, y mucho más la gramática, del latín han quedado reducidos a una suerte de jerigonza para uso de quienes se las dan de eruditos. Así es posible escuchar que algo es conocido “*urbi et orbe*” o se ha llevado a cabo “*de motu propio*” o se han presentado “*los curriculums*”, porque de este modo suenan mejor al oído del hablante aunque supongan soberanos disparates. Sucede que también le suenan mejor al escuchante y entonces ya está la cuestión definitivamente perdida. Y si además quienes así hablan son profesionales de la comunicación, la expresión incorrecta se convierte en canónica.

Pero los médicos tenemos una relación especial con la lengua latina. No es sólo que una gran parte de nuestro vocabulario propio derive directamente de ella, lo que ya nos debería otorgar cierto grado de familiaridad; es que explícitamente usamos palabras y hasta frases en latín, un tributo no declarado a la que por muchos siglos fue lengua franca de nuestra profesión. Certo es que hoy la actual lengua franca, el inglés, llena hasta extremos frecuentemente innecesarios el habla médica, sobre todo en las nuevas generaciones de colegas; y lo hace no tanto por deseo de convertir en internacional el discurso; ni siquiera por un vano alarde políglota, sino simple y llanamente por pereza o desinterés para encontrar su equivalente en español.

Las dos expresiones que encabezan este artículo han sido de uso frecuente en medicina hasta hace relativamente poco y las circunstancias las han hecho extemporáneas. *Ad libitum* significa algo así como al libre albedrío o sin sujeción a cantidades o dosis rígidas. Algo impensable cuando las medicaciones se dosifican al milígramo calculadora en mano, adminículo éste que nunca faltará en el bolsillo de un residente. Diagnóstico *ex juvantibus* era el que, quizá sólo sospechado, se confirmaba por la buena respuesta de la patología al tratamiento instaurado. Reo de anatema científico sería quien en estos días procediera según ese método; el diagnóstico exacto es condición *sine qua non* –otro latinajo, vaya por Dios- para establecer un tratamiento... aunque quizá se haya perdido un tiempo precioso por rechazar ocasionalmente el dichoso *juvantibus*.

ENTUERTOS.

José Ignacio de Arana.

Cuando el hidalgo Alonso Quijano el Bueno sale de su aldea convertido, por efecto de su desvarío, en Don Quijote de la Mancha, lo hace como caballero andante cuya misión principal será la de “desfacer entuertos” ofreciendo por su dama los trabajos y sinsabores que ello le ocasione. Los *entuertos* a los que se refieren esas aventuras –más bien desventuras- son de los que la Academia define como “agravios que se hacen a alguien”, esto es, ofensas, daños injustificados, por lo general cometidos sobre alguien en inferioridad de condiciones con el agresor. La palabra procede del latín *intortus* y ésta de *tortum*, injusticia.

El mismo origen, pero de la forma *torqueo*, torcer, tiene otra acepción de la palabra *entuertos*, esta de uso médico, utilizada en la especialidad de obstetricia. El tocólogo o la matrona hablan de *entuertos puerperales* para referirse a las contracciones dolorosas del útero después del parto, que suelen durar unos tres días tras el alumbramiento; son más frecuentes en las multíparas y aumentan cuando el recién nacido mama, ya que al succionar del pezón aumenta la secreción de oxitocina, que produce contracciones uterinas ayudando a la expulsión de los loquios y al cese de la hemorragia en el lecho placentario con restitución del órgano a sus condiciones pregestacionales. Esa procedencia del verbo latino torcer está recogida en la palabra vulgar retortijón con la que suelen denominar las mujeres la desagradable sensación que acompaña a este proceso, por lo demás absolutamente fisiológico.

Dos conceptos, pues, en apariencia totalmente dispares y, sin embargo, unidos en el hondón de la etimología lo que viene a demostrar, si es que cupiese alguna duda, que el lenguaje es algo vivo que se construye con el uso que se le da; muchas veces las palabras son como hijos de unos mismos padres, con la misma carga genética, en este caso etimológica, circulando por su seno, agazapada en cada una de sus células, pero que con el paso del tiempo y las circunstancias vitales que les depara el destino llegan a ser tan distintos que sólo un avezado fisionomista o un sofisticado análisis de laboratorio –como lo es esta página- serán capaces de identificar como hermanos.

IMPOSTURA. IMPOSTADO.

José Ignacio de Arana.

Una vez más esta sección de laboratorio se aplica a la tarea de analizar palabras que teniendo un origen lingüístico común han devenido en significados diferentes. Las dos que hoy entran en la redoma reconocen como raíz el concepto de falsedad o fingimiento y el verbo latino *imposo*, imponer, en el sentido de hacer prevalecer ante los demás una idea contraria a la verdad.

Las de uso más frecuente, aunque tampoco habitual, son *impostura* o el adjetivo *impostor* derivado de ella. *Impostura* es un “fingimiento o engaño con apariencia de verdad” y, por tanto, *impostor* el que con alguna artimaña o fullería traiciona la confianza que otros han depositado en él. Realmente decir *impostor* es una forma suave, casi amable de llamar a estos sujetos para los que el lenguaje común, el román paladino, reserva otros adjetivos más sonoros y descriptivos. La Historia universal podría muy bien ocupar un amplísimo capítulo, y hasta algún tratado completo con el relato de los impostores que han tenido un papel destacado, e incluso a veces fundamental, en su desarrollo. Sería, desde luego, una sección muy amena a la par que instructiva de cómo la falsedad puede influir en el acontecer humano de forma tan importante como cualquier virtud.

En cuanto a *impostado*, que se define como “artificial, falto de naturalidad, fingido”, siendo un adjetivo de poco uso es, sin embargo, una condición extraordinariamente frecuente en muchos ámbitos de la sociedad. Si cambiamos el término por otros de igual significado pero menos eruditos como *afectado*, *artificioso* e incluso no pocas veces *hipócrita*, los ejemplos a nuestro alrededor se iluminan de pronto: contertulios de los medios de comunicación, periodistas de los llamados “de opinión”, ciertos conferenciantes sobre casi cualquier tema, ponentes de congresos –y los de medicina no son en esto ninguna excepción sino con demasiada frecuencia una buena muestra–, políticos, que se llevan la palma en cuanto a fingimiento, y así hasta un tropel. De hecho, en una sociedad como la nuestra, donde las relaciones entre las personas se realizan en buena parte por medio de actuaciones públicas en las que se pretenden establecer y consolidar liderazgos, o simplemente darse a conocer frente a los demás exponiéndoles nuestro pensamiento sobre cualquier asunto, nadie se podrá declarar inocente absoluto de haber *impostado* su discurso en alguna ocasión.

ERÓSTRATO.

José Ignacio de Arana.

Eróstrato era un pastor de Éfeso que en el año 356 a.C. incendió el templo de Diana erigido en la ciudad y considerado como una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. El motivo que le indujo a cometer semejante barbaridad fue el deseo de que su nombre se hiciese famoso, de ser conocido en su tiempo y en los venideros siendo él un don nadie que hasta entonces cuidaba cabras en los pelados montes que rodeaban la gran ciudad. Detenido de inmediato y sin ofrecer resistencia, pues en eso radicaba lo principal de su proyecto, el rey Artajerjes le hizo someter a tortura, durante la que confesó su propósito, antes de ejecutarlo. El mismo rey mandó publicar un edicto en el que se prohibía, bajo pena de muerte para los infractores, que el nombre de Eróstrato fuese pronunciado o escrito por siempre jamás; de esa forma pretendía frustrar la ilusión del incendiario negando hasta su misma existencia. Es obvio que este designio no se cumplió; puede que los súbditos de Artajerjes lo hicieran por miedo a la sanción real, pero Éfeso era una urbe por la que pasaban constantemente miles de viajeros, comerciantes de sus prósperos mercados en una encrucijada de caminos entre Oriente y Occidente o en trayecto a otros lugares, y ninguno de éstos renunciaría a relatar a su regreso lo sucedido con la maravillosa obra de arte y, naturalmente, el nombre proscrito de su destructor. Así pues, casi desde el mismo momento de los hechos Eróstrato estuvo en boca de todo el mundo concediendo a éste una victoria póstuma aunque teñida de desprecio.

En nuestro tiempo tal nombre se lo ha apropiado la psiquiatría para designar con él un trastorno mental conocido como *complejo de Eróstrato* consistente en que el individuo busca notoriedad por cualquier medio, aunque sea, porque sus capacidades no le dan para otra cosa, cometiendo un delito, cuanto más espectacular, mejor. Los anales de la criminología están llenos de actos llevados a cabo por personajes con esta patología de la conducta. Pero no hace falta visitar tan truculentos archivos para encontrar casos de este padecimiento, bien que en grados menos violentos, a nuestro alrededor y, sin ir más lejos, en nuestra profesión. El ansia de fama, de renombre, está en la raíz de algunas actuaciones profesionales que rozan si no sobrepasan a las claras los límites de la deontología. Y los nombres de estos eróstratos de imitación también prevalecen demasiadas veces.

TACOS.

José Ignacio de Arana.

La mente humana es como una máquina de vapor siempre en funcionamiento y continuamente requerida para dar más de sí, por lo que con frecuencia necesita dar salida a un exceso de presión que amenazaría la integridad de todo el sistema. Los métodos utilizados para este desahogo son de lo más variado, desde el juego a la violencia física y su enumeración y estudio competen a la psicología, a la psiquiatría y hasta en casos concretos será la historia la interesada por cuanto comportamientos con ese origen en ciertos individuos pueden llegar a influir en toda o en una parte sustancial de la sociedad. Sin embargo, la vía de escape más habitual es, afortunadamente, de menor cuantía. Consiste en la verbalización de palabras tenidas por malsonantes, en una mayoría de las ocasiones de índole sexual o coprológico. Se denominan en español *tacos* sin que esté muy claro el porqué de esta acepción para un vocablo por lo demás ampliamente polisémico tal como muestra el DRAE. La palabra o la expresión no tienen casi nunca relación con el contenido de lo que se está hablando en ese momento; son como fogonazos aislados que deberían distraer la atención de quien escucha pero que de tan repetidos y habituales en el lenguaje coloquial en realidad pasan prácticamente desapercibidos en el discurso salvo para oídos muy educados. Otras veces se utilizan para reforzar una afirmación o una negación vehementes, un juramento o un voto, como ya se encarga de resaltar el DRAE en su definición. Infinidad de personas, de ambos性, profieren algún taco sin más intención que usarlo de muletilla, de burda ayuda verbal que parece permitirles, durante la brevíssima fracción de tiempo que tarda en pronunciarse, ordenar el pensamiento y encontrar la forma de continuar con lo que estuvieran diciendo. A veces, sin embargo, más que una muleta de apoyo dan la impresión de necesitar un andador porque no pueden dar un paso sin usarlo y llegan a convertir su perorata en una sarta de expresiones vacías de contenido que hieren no ya oídos mínimamente educados sino hasta los de un arriero. Curiosamente hoy día los tacos y en general las expresiones malsonantes se escuchan más en jóvenes bocas femeninas que masculinas; sugestivo material de estudio sociológico.

En medicina la profusión de estas palabras, de un modo compulsivo pues al fin y al cabo se trata de un proceso emparentado con las epilepsias, es uno de los signos más característico del complejo síndrome de Gilles de la Tourette.

SOLIPSISMO.

José Ignacio de Arana.

Si se hiciera una encuesta sobre cuáles son las palabras más desagradables de cualquier lengua, muchos contestaríamos poniendo en uno de los primeros lugares de la lista el vocablo **YO**. Efectivamente, este pronombre, el *ego* latino, parece teñir de absoluto subjetivismo cualquier opinión enunciada tras invocarlo como sujeto de la frase. En el curso de un diálogo, de una conversación, cuando un participante comienza su parlamento con el *yo* por delante, o con algún otro pronombre de similar valor lingüístico, hay que ponerse en guardia: de seguido vendrá muy probablemente un alegato repleto de argumentaciones con poco o ningún interés para arrojar luz sobre la cuestión debatida. Son escasos realmente los individuos cuyo criterio basado en su particular modo de ver las cosas resulta definitivo en una controversia a poco que ésta se haya planteado a un nivel de ilustración medianamente elevado. Poseen ese don algunos sujetos aureolados de una condición también muy contada: la *autoridad*, entendida ésta en su sentido clásico de superioridad intelectual contrastada.

En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, el uso del *yo* en el día a día en el que cada uno de nosotros se desenvuelve es defecto que nos veda a todos el poder tirar la primera piedra contra el prójimo. Los lingüistas utilizan el término solipsismo para referirse a esta actitud. Cuando buscamos en el DRAE la definición de tal palabra no encontramos ciertamente un dechado de claridad, pues dice: “Del latín *solus ipse*, uno mismo solo. Forma radical de subjetivismo según la cual solo existe o solo puede ser conocido el propio *yo*.” ¡Caray con los académicos! Más inteligibles para el habla común, aunque quizá los puristas encontrasen sutiles diferencias, son palabras como egolatría o egocentrismo. La sociedad actual, entre proclamas solemnes de solidaridad, tolerancia y trabajo en equipo como los principales valores que deben presidir las relaciones humanas, está, no obstante, sobrecargada de egocentrismo. “Ande yo caliente...”, “la caridad bien entendida empieza por uno mismo”, “yo digo que...”, son frases que se escuchan por doquier porque todos creemos saber más de todo que nadie sin que ningún título ni la realidad lo avale. Y precisamente los miembros de la comunidad científica en general y de la médica muy en particular somos muy proclives a esta suerte de vanidad. Convendría recitar como una jaculatoria los versos de Antonio Machado; “¿Tu verdad? No; la Verdad,/ y ven conmigo a buscarla./ La tuya guárdatela.”

LOS DOS CAMINOS DE SANTIAGO.

José Ignacio de Arana.

Antes de que finalice el actual Año Santo Jacobeo parece oportuno escribir unas palabras sobre el acontecimiento y especialmente acerca del aspecto más representativo del mismo: el hecho de recorrer por cualquier medio un trayecto más o menos largo llamado por antonomasia el *Camino*. Un recorrido que convierte a quienes lo hacen en *peregrinos*. Porque hay que saber que, como ya explicaba Dante en su *Vita nuova*, sólo es *peregrino* el que va a Compostela; quien lo hace a Roma es *romero*, y *palmero* el que viaja a Jerusalén a sus respectivos centros de devoción cristiana. Caminos de Santiago, considerados desde el estricto sentido geográfico, hay muchos, podríamos decir que innumerables, si bien sólo tres o cuatro, con el llamado Camino francés que describió Aymerich Picaud en el *Códice Calixtino* (siglo XII) a la cabeza de todos, son universalmente famosos y por ello también los más concurridos. La historia del Camino está sembrada de relatos de asunto médico, con tintes prodigiosos, los más populares, o sencillamente a escala humana; ambos tipos lo convierten en un auténtico tratado de la medicina a lo largo de varios siglos que debería suscitar al menos la curiosidad de todos los que nos dedicamos a este oficio en el que a muchos les parece que todo se ha inventado ayer por la tarde.

He señalado que sobre el terreno hay infinitos caminos y también es cierto que para muchos de quienes hoy lo transitan se han convertido en un periplo meramente turístico o casi de desafío deportivo por lo que el paisaje o los obstáculos materiales forman parte integrante del atractivo del viaje. Pero lo cierto es que si juzgamos el valor espiritual de ese recorrido, que es el auténtico y, desde luego, el ancestral y primigenio de la aventura, sólo hay dos caminos, aunque suene a simpleza: el de ida y el de vuelta. Es curioso que en cualquier otra aventura, la escalada al Everest por ejemplo, nadie mencione nunca el segundo. En el viaje jacobeo entendido en puridad debemos distinguir un camino de ida que llamaríamos *ascético*, porque en él y mediante las penalidades se va purificando el espíritu del caminante; y luego el regreso, camino *místico*, pues es entonces cuando dará sus frutos espirituales la gracia conseguida a los pies del Apóstol. Así se entendió durante más de mil años y la prueba son las obras de todo tipo llevadas a cabo por individuos, reconocidos o anónimos, en esa vuelta, muchas de las cuales precisamente jalonan el Camino.

GALIMATÍAS.

José Ignacio de Arana.

La RAE nos dice que es palabra de origen francés, a su vez derivada del griego κατὰ Ματθαῖον, según Mateo, por la manera en que este evangelista describe la genealogía que figura al comienzo de su Evangelio, y la define como discurso o escrito embrollado. Otras acepciones académicas son “Lenguaje oscuro por la impropiedad de la frase o por la confusión de las ideas” y también “Confusión, desorden, lío.” Si miramos, y escuchamos, a nuestro alrededor encontraremos por doquier ejemplos de galimatías. A esta proliferación contribuye la aureola de superioridad que se concede a lo que suena o aparece como confuso si está adornado por el oropel de palabras con remembranzas, ciertas o falsas, de lenguaje científico en cualquier materia de la que se hable o escriba. Es conocida la anécdota, muy probablemente apócrifa, de Eugenio D’Ors quien al terminar alguno de sus escritos se lo leía a su secretaria y le preguntaba: “¿Está claro?” Si la respuesta era afirmativa, retomaba el papel anunciando: “Pues oscurezcámoslo.” Es, sin duda, una caricatura del personaje, tan gran pensador como excéntrico individuo. Pero qué decir de tantos discursos a los que asistimos en el quehacer cotidiano. Unos sirven lo mismo para un roto que para un descosido; otros podrían ir directamente a la papelera del cerebro; muchos necesitan de una traducción simultánea para saber a qué se refieren en realidad. Pocos son los que siguen aquella norma expresada por Cervantes: “Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.”

Y de esto pecamos muy a menudo los médicos, en especial si ejercemos en el ámbito hospitalario. Lo peor es cuando nuestra exposición va dirigida a personas ajenas a nuestro oficio y, sin embargo, destinatarios fundamentales del mismo: los pacientes. Repasemos uno de los documentos más importantes del acto médico como es el *informe clínico*. El pensamiento que debería primar a la hora de redactarlo es precisamente hacerlo sencillo e inteligible para ese paciente que va a ser el primero en leerlo. En las más de las ocasiones el médico se explaya en tecnicismos, digresiones científicas, siglas y ristras de cifras analíticas que al paciente no le dicen nada. Quien, preocupado, busca el apartado del diagnóstico y del tratamiento no es raro que se quede *in albí* con la terminología utilizada. Un informe clínico va dirigido, sí, al médico que se ocupará en lo sucesivo del paciente, pero ése debería tener a su alcance otras formas de conocer los detalles de lo que se ha hecho en el hospital; el enfermo no debe llevarse entre las manos un galimatías.

ABRACADABRA.

José Ignacio de Arana.

Tan extraña palabra es una voz cabalística de origen persa a la cual se atribuía la propiedad de curar ciertas enfermedades y también la de conseguir por ensalmo, con su sola invocación, que se produjera los más diversos prodigios. Derivado de ella es el vocablo *abracadabrant* que describe un hecho sorprendente en su realización sin que parezcan haber participado en ella los poderes humanos. Nuestro tiempo es poco proclive a credulidades de este tipo y, sin embargo, nos encontramos casi a diario con noticias que bien merecerían ese adjetivo. Ciertamente hoy propendemos a interpretar estos acontecimientos como obra de fuerzas desconocidas pero sólo provisionalmente, es decir, cuyo origen, siempre humano, se conocerá antes o después; es la “reducción a lo humano” que prima en nuestro modo de pensar desde el ya lejano Renacimiento. Seguramente éste es el modo correcto de actuar, pero es inevitable, que lo digan si no los psicoanalistas, la persistencia en algún lugar recóndito de nuestro pensamiento de un “rincón de lo mágico” donde anidan ideas puestas allí ni se sabe desde cuándo, pero con vocación de salir a flote inesperadamente como los restos de un pecio olvidado.

Y va a ser la medicina o, en general, los asuntos relacionados con la salud, los mayores proveedores de ese cobijo de la magia. Nuestra ciencia, tan cercana a lo humano, está repleta de hallazgos y de soluciones para problemas que, desde luego, parecen surgidos y ejecutados con alguna suerte de misterio: que son abracadabrantes para un usuario profano. Los médicos sabemos que no es así, que todos y cada uno de ellos son fruto de un trabajo ímprobo de investigación, de meditar sobre la cuestión hasta dar con una respuesta satisfactoria. Pero da igual. Ahora hablamos de muchos medicamentos, los antibióticos por ejemplo, como del pan o la sal, elementos cotidianos que usamos sin entrar en detalles de su historia ni menos aún de su composición. Pero ¿qué hubieron de pensar sus primeros beneficiarios, aquellos enfermos destinados quizá a morir de una infección a los que el contenido de un frasco salvaba la vida? Seguro que vieron en aquellos polvos un remedio que el médico hacía aparecer con el ensalmo de un abracadabra. Y en estos días, ¿qué se puede decir de las técnicas de ingeniería genética o de terapia celular como la reconstrucción de órganos mediante implante de células pluripotenciales? Pues eso: abracadabra, con todos los respetos debidos a la ciencia y al sentido común.

CORTESÍAS.

José Ignacio de Arana.

No vivimos tiempos para cortesías, más bien todo lo contrario. Cortesía es la demostración o acto con que se manifiesta la atención, respeto o afecto que tiene alguien a otra persona (RAE). Y a tenor de este enunciado nuestra sociedad actual parece haber olvidado que en las relaciones con los demás deben existir actitudes desinteresadas, que no esperan pago de ningún tipo y, en una mayoría de las ocasiones ni siquiera reciprocidad. Las muestras de esta práctica pueden ser de muy diversa índole y las mejores son precisamente las más sutiles. Un ejemplo magnífico lo tenemos en don José Ortega y Gasset para quien “la claridad es la cortesía del filósofo”, una declaración de intenciones que él llevó a la práctica en cada una de sus obras que sin perder un ápice de profundidad intelectual son fácilmente accesibles para cualquier lector, constituyendo uno de sus mayores atractivos. Pero quién se acuerda y, sobre todo, quién lee hoy a Ortega. Tratados y discursos farragosos ocupan ahora la oferta no sólo de filosofía sino de casi cualquier materia cultural.

Otra forma de cortesía, que se encomiaba diciendo que era propia de reyes, es la puntualidad. No ha sido nunca una virtud practicada por los españoles y por eso llama más la atención y se agradece cuando se cumple. Aquí nos hemos inventado la ocurrencia del “cuarto de hora de cortesía” para dar carta de naturaleza social al retraso a costa, precisamente, de cometer una descortesía institucionalizada con las personas que llegaron cuando era debido. En esta España nuestra sólo comienzan a la hora en punto las corridas de toros.

Sin necesidad de recurrir a estos ejemplos especiales, la cortesía debería estar presente en las relaciones más cotidianas al igual que la educación con la que está íntimamente emparentada. Marañón decía que se es educado como se es limpio, sin necesidad de pensar en ello a cada momento sino como algo connatural con el individuo. Saludar, despedirse, ceder el paso ante una puerta se hace, cuando se hace, al modo de un acto automático, instintivo, no premeditado. Pero muchos de estos actos han pasado a ser considerados como muestras de remilgo cuando no de afectada cursilería en aras, se dice, de “naturalidad”. Lo que se ha logrado, sin embargo, es construir una sociedad no más “natural” sino más áspera, desnuda del adorno de la cortesía que era, como el del vestuario, algo puede que innecesario pero que hace la vida más agradable para quien lo usa y para quien lo ve.

CANÓNICO.

José Ignacio de Arana.

El funcionamiento de la sociedad, y el de la propia vida individual se rigen por reglas o preceptos –esto significa canon- establecidos unos por las costumbres ancestrales y otros por las normas emanadas de la autoridad. En ambos casos la práctica demuestra que no son inmutables ni imperecederos sino que están sujetos a variabilidad según las circunstancias de cada momento. A pesar de ello, mientras están en vigor se tienen por ciertos a rajatabla y ¡ay de quien se aparte de ellos!

En realidad, la existencia de cada persona da de sí para conocer al menos uno o varios cambios en tales normas y cada vez que esto sucede parece que se crea un canon nuevo y definitivo. Tomemos una de las definiciones que el Diccionario nos da de canon: “Modelo de características perfectas” y apliquémoslo a la figura humana y a las formas que ésta tiene de adornarse, lo que se denomina “moda”, vestuaria o de otro tipo. Nada hay tan voluble como la moda y el concepto de belleza corporal. Las ilustraciones de las hemerotecas, la pintura y, sobre todo lo demás, el cine, arte de nuestro tiempo, son un muestrario entre divertido, sorprendente y conmovedor de estas transformaciones.

En medicina también existen cánones que gobiernan nuestras actuaciones. Los solemos llamar “protocolos” y los seguimos en cada una de éstas, desde el diagnóstico hasta el tratamiento o el control de la evolución de una enfermedad. Tan importantes son en el día a día que se han convertido en un instrumento de trabajo que se consulta constantemente, y su cumplimentación rigurosa es tenida muy en cuenta en los cada vez más frecuentes procesos judiciales por demandas de mala praxis. Ciento que estos cánones coartan en no pocas ocasiones la libre iniciativa del médico ante un enfermo, sobre todo con el horizonte penal a la vuelta de la esquina. Sin embargo, siempre hay que tener en cuenta que tales protocolos están fundamentados por lo general en la denominada “medicina basada en la evidencia” que es en la actualidad otro canon difícil de eludir. No obstante habría que hacer una consideración que no deja de ser una auténtica perogrullada. La ciencia, en este caso nuestra medicina, no avanzaría si alguien no decidiese en un momento determinado saltarse los cánones establecidos y actuar a su manera, superar la “evidencia” por su “personal experiencia”.

SOBRE LA PALABRA MUERTE.

José Ignacio de Arana.

El poder de la palabra es infinito. *In principium erat Verbum* no es sólo una frase de raíz en la creencia bíblica, sino una idea presente en prácticamente todos los sistemas de pensamiento y en casi todas las culturas. Sin embargo, comentar este concepto nos llevaría a introducirnos por vericuetos filosóficos tan atractivos como claramente inapropiados para una sección periodística como ésta. Pero los médicos somos quizá quienes desde la práctica de la profesión mejor conocemos la fuerza que ejerce la palabra sobre los hechos, en nuestro caso sobre la enfermedad y en especial sobre la forma de entenderla, vivirla y hasta vencerla por parte de los pacientes. Nuestro oficio, junto con los más avanzados conocimientos científicos de cada momento y los sofisticados medios que nos proporciona la tecnología también cambiante y siempre en progreso, ha utilizado desde sus orígenes el instrumento esencial de la palabra. Por eso es tan importante que se enseñe y aprenda su uso al igual que se hace con la fisiología o con el fonendoscopio.

Hay palabras muy comunes, que aparecen con frecuencia y naturalidad en el lenguaje, pero que guardan en su interior un punto de acidez que en determinadas ocasiones puede convertirlas en especialmente desacertadas. Por ejemplo, muerte. Cuántas veces la nombramos a ella y sus derivadas en una conversación sin que sea más que un vocablo como otro cualquiera y de fácil entendimiento. Mas esto es así sólo cuando la presencia de la muerte, por decirlo de alguna manera, no se encuentra, amenazante, entre los que hablan. En otro caso, la palabra se obvia o se esconde o se disimula con alguno de los subterfugios que, caritativo, nos presta el lenguaje. Claro que quien está en esa situación entiende demasiado a menudo lo que se pretende ocultar, pero pronunciar muerte nos desgarra la garganta y nos estraga el ánimo y por eso quizá la artimaña sirva más para nuestro propio sosiego que para el ajeno.

Hay en nuestro idioma una voz, *mortecino*, poco usada ya, es cierto, que intenta suavizar la dureza de la palabra original incluso cuando nos referimos a los animales que forman parte de nuestra alimentación. Se dice mortecino del animal muerto de forma natural y cuya carne prohíbe la ley que se utilice alimentariamente, y reservamos el adjetivo *sacrificado*, notoriamente impropio, para el que se mata expresamente con ese fin.

LOS CLÁSICOS EN EL LENGUAJE (I).

José Ignacio de Arana.

Podríamos decir que una obra literaria se convierte en clásica cuando todo el mundo, o buena parte de él, utiliza en su conversación términos y expresiones tomadas de ella sin haberla leído ni por asomo. En España el clásico por antonomasia en este sentido que quiero darle al concepto sería sin duda alguna *El Quijote*. Nuestro lenguaje cotidiano está salpicado de frases y dichos sentenciosos que aparecen en la novela sin que la inmensa mayoría de nuestros compatriotas hayan siquiera ojeado, para qué nos vamos a engañar afirmando otra cosa, la obra cervantina. Es más, muchas veces se pretende teñir de autoridad o prestigio alguna ocurrencia del lenguaje remontando su origen a la imaginación y la pluma de Cervantes cuando en realidad no lo tiene; pero esa atribución, que pocos estarán en condiciones de rebatir, sirve casi siempre como un “y no se hable más” que debe acallar las reticencias del oyente: “Ah, si lo dijo Cervantes...” Otras veces son distintos los autores de los que se “extraen” frases que suenan apodícticas en medio de una parrafada, vengan o no a cuento: “Cosas veredes mío Cid que harán *fablar* a las piedras”, “Elemental, querido Watson”; y ni en el *Cantar* cidiano ni en la amplia creación de sir Arthur Conan Doyle será posible hallar semejantes expresiones, pero ¿a qué suenan llenas de la autoridad de los clásicos?

Pretendo, en una serie de artículos, recoger algunas de las palabras, frases o conceptos que usamos todos en algún momento de nuestras charlas cotidianas y cuyo origen podemos rastrear en la literatura universal, bien reconociendo su autenticidad o la tergiversación a que han sido sometidas. Sobre esta segunda posibilidad he de admitir que la intención de quienes atribuyeron por primera vez una autoría errónea no fue, a buen seguro, torcida en ningún modo sino con toda probabilidad fruto de ignorancia sobre las fuentes en que se inspiraron, pecado éste del que adolecen o adolecemos los hombres de todas las culturas y latitudes y que por lo tanto, al afectarnos a casi cualquiera tenderemos a calificar de venial aun cuando en muchas ocasiones debería tener otra valoración más grave.

LOS CLÁSICOS EN EL LENGUAJE (II).

José Ignacio de Arana.

Cuando se quiere hablar de textos clásicos los primeros que se nos vienen a la memoria son las obras de Homero, *La Ilíada* y *La Odisea*. Con un mínimo esfuerzo mental cualquiera de nosotros podría empezar una lista por otros títulos sin duda anteriores en el tiempo de su escritura, pero serán esas dos las que encabecen casi todas las encuestas. El por qué de esta prioridad habrá que buscarlo en que se quiera o, como algunos pretenden hacer ahora, no se quiera, la tercera realidad es que somos hijos y herederos de una cultura grecolatina que tiene al Mediterráneo por centro mental tanto como geográfico, y ambas obras hacen transcurrir sus argumentos en esas aguas lustrales de nuestro pensamiento. La lectura completa de los dos libros es tarea que no ha llevado a cabo más que un corto número de personas fuera de los círculos dedicados por profesión o por expresa vocación al cultivo de las letras. La lectura parcial de algún fragmento más o menos extenso, de una sinopsis o alguna versión compendiada y actualizada en su lenguaje lo ha hecho bastante más gente. Y a todos los que tienen una siquiera “cultura general” les suenan las líneas generales de los argumentos, que incluso han sido adaptados en guiones cinematográficos con alardes de realización y medios materiales y puestos al alcance del público que quizás no sepa que allí se representan unas historias que hace treinta siglos cantó un poeta ciego errante cuya misma existencia no es demasiado segura.

Pero aun así, con todas estas revueltas a las posibilidades, se escuchará con naturalidad en muchas conversaciones, hasta banales, hablar de un caballo de Troya, de un talón de Aquiles, de un canto de sirenas, de una fuerza ciclópea, de un trabajo de Penélope que nunca se acaba o encomiar a alguien como mentor de un aprendiz. Todas citas tan brillantes, tan descriptivas, tan sugerentes, que a través suyo y por su solo mérito mantienen viva a través de los siglos la memoria de Homero y enriquecen nuestra cultura como el humus hace con los cultivos cuya etimología comparte. Y quizás, aunque sea triste reconocerlo, sea mejor que el pueblo que utiliza esas expresiones como meros apoyos coloquiales, ignore su procedencia porque si no, en los tiempos que corren para el saber clásico, es posible que fuesen desterrados por “elitistas”, gran pecado hodierno.

GRAMATIQUERÍAS.

José Ignacio de Arana.

Recoge la RAE la palabra gramatiquería como “cosa que pertenece a la gramática” y avisa en el Diccionario de que su uso es despectivo y coloquial. Nada más lejos de mi intención al escribir este artículo en el Laboratorio que ser despectivo con la gramática, pero sí voy a aprovechar ese otro adjetivo de coloquial para traer a este espacio de coloquio con los lectores algunas de las consideraciones que suscitan en mí las nuevas normas gramaticales que ha sancionado no ya la Academia Española sino el conjunto, sin, al parecer, ni una voz discrepante, de las academias de las naciones donde se habla nuestra lengua. Se ha destacado en la presentación *urbi et orbi* de esta normativa que se trata de igualar la gramática de un idioma que “no es de España” sino “de todos los que hablan español”. Eso de igualar es un principio muy actual en todos los campos sociales y, desde luego, en los intelectuales. Menos mal que aún no ha logrado introducirse en otros ámbitos como la moda vestuaria porque veríamos a todos y a todas con talla uniforme, aunque a uno le sentara como un saco de legumbres y a otro le hicieran mataduras los zapatos. ¡Qué manía si ahora también se entiende que vamos todos vestidos y calzados aunque alguno lo haga de mamarracho! Ciertamente son más de una veintena los países del mundo hispanohablante con academia propia además, claro, de España, pero llama mucho la atención que en el cómputo total de cambios introducidos el número de “americanismos”, permítaseme llamarles globalmente así, multiplica por mucho al de “españolismos” –hágase la misma salvedad- que se declaran canónicos para las naciones trasatlánticas. ¿Tanto nos han adelantado en gramática, no digo en vocabulario?, ¿o ha valido más el número de votos en una cuestión puramente lingüística? ¿Nos imaginamos, si los hubiera, a unos académicos de Oxford dilucidando a votos el correcto uso del inglés con los hipotéticos académicos de Tejas o de Australia?

Sé que este artículo está repleto de incorrecciones a las nuevas normas ortográficas de mi lengua materna, pero como los mismos académicos muestran una encomiable tolerancia para quienes ternes en su manera de escribir prefieran seguir con la gramática anterior, hago más las palabras que usaban los virreyes de Méjico y del Perú cuando les llegaban ciertas cartas del rey desde España: las pongo sobre mi cabeza y proclamo: “Se acata, pero no se cumple.”

INVITAR A MÉDICO.

José Ignacio de Arana.

Los médicos sabemos bien, desde la época en que todavía no somos más que estudiantes de los primeros cursos de la carrera, que estamos expuestos a ser consultados sobre alguna dolencia en cualquier circunstancia de nuestra vida cotidiana: la reunión familiar, el ascensor, la sobremesa o el entreplato del restaurante o la bien merecida tumbona de la playa. La gente supone, primero, que un médico sabe de todas las patologías habidas y por haber; segundo, que con su sola investidura académica y esos conocimientos universales, está capacitado para realizar un diagnóstico correcto y a prescribir un tratamiento igualmente correcto con el único acto médico de escuchar lo que un próximo nos dice, aunque sea la mayor sarta de disparates posible de discurrir; y tercero, y lo más importante, que está moralmente obligado a prestar ese servicio, en ese preciso instante y a esa persona en concreto porque, “al fin y al cabo” es médico y además “total, no es más que una consulta”, que por supuesto se entiende gratuita y se espera encima que sea amable. No he presenciado yo, aunque tampoco lo descarto en absoluto porque el raciocinio de mucha gente da para poco, que se le hagan en similares circunstancias consultas legales al abogado o al notario, sobre construcción al arquitecto o al ingeniero o de inversiones al director de una sucursal bancaria. Pero el trabajo del médico no vale nada y tenemos que resolver allí mismo el problema como quien da la hora o fuego para el cigarrillo.

Un paso más en la impertinencia es el que da título a esta reflexión: invitar a médico. Todos la habremos padecido. Un amigo, conocido, familiar o paciente habitual se presenta ante nosotros en el sitio que le vino en gana acompañado de un perfecto desconocido y nos dice: “Oye, mira, a este amigo mío le duele aquí o le van a operar de allá y yo le he dicho que te lo consulte a ti que eres médico, ¿no te importa?” Y sí que nos importa, pero a ver qué hacemos. Yo hace tiempo que he optado, en éstas situaciones, como en las comentadas antes, por poner cara de sesuda preocupación y responder: “Quítese toda la ropa. Es que si no le exploro no puedo emitir una opinión.” Parece infalible ¿verdad? Pues les puedo asegurar que, en alguna ocasión, me ha fallado y he tenido que detener al individuo, él o ella, que había comenzado a desvestirse.

VADEMECUM.

José Ignacio de Arana.

Los médicos nos hemos apropiado del término vademécum y lo utilizamos como si se tratara de una palabra de nuestro peculiar vocabulario, tan surtido de expresiones con resonancia clásica que sirven para dar lucimiento a la conversación. Y, sin embargo, en este caso la palabra es clásica, sí, puesto que es latín, pero no tiene contenido trascendente ni solemne: traduce sólo la proposición coloquial “anda, ven conmigo”; es, por tanto, un latinismo innecesario si no se hubiese convertido, no sabemos cómo, en vocablo con vida propia. Ese origen persiste en la segunda acepción que el DRAE recoge de vademécum: “cartapacio en que los niños llevaban sus libros y papeles a la escuela.” Pero esta palabra ha acreditado su uso en la primera de las definiciones académicas: “Libro de poco volumen y de fácil manejo para consulta inmediata de nociones o informaciones fundamentales.”

Todas las ciencias quisieran disponer de un libro de estas características para su uso por quienes, ejerciéndolas, necesitan en numerosas ocasiones una consulta rápida, una “ojeada”, y es posible que algunas de ellas lo tengan, desde luego, pero ninguno se ha consagrado como el que contiene los medicamentos con todas sus características, sin el cual una mayoría de médicos tendríamos más complicada la práctica diaria. Algún colega he conocido, no obstante, que tenía a desdoro el hecho de consultar el vademécum delante de un enfermo como si el hacerlo fuese una paladina confesión de ignorancia que menguaría la confianza que aquel hubiera de tener en él. Es como si un músico no debiera mirar durante el concierto las notas de la partitura que, por otra parte, se sabe naturalmente de memoria.

En la enseñanza de la medicina en las aulas no debería insistirse en que el alumno aprenda demasiados detalles de cada medicamento indicado en una enfermedad en particular; bastaría con sus generalidades si se tuviese una correcta formación farmacológica –qué poco caso suele hacerse de esta asignatura durante la carrera- y un buen manejo de un vademécum. Lo importante en medicina, como en cualquier ciencia, no es recordarlo todo a la vez y de memoria sino saber cómo usar y relacionar los conocimientos que se nos presentan fragmentariamente. Es el mismo principio que utiliza la informática.

OSTENTAR Y DETENTAR.

José Ignacio de Arana.

El lenguaje periodístico, con demasiada frecuencia, deja mucho que desear en cuanto a corrección semántica y es un riesgo para el común de los hablantes que nutre su vocabulario de lo que lee y, sobre todo, de lo que escucha en esos medios; porque el problema es mayor en el caso del periodismo hablado, el que más influye en un país que no tiene desafortunadamente a la lectura como fuente formativa. Existen, sí, los “libros de estilo”, algunos magníficos, de los que hacen gala muchos medios de comunicación, pero a la hora de ponerlos en práctica suelen echarse de menos. Y algunos errores, de tan repetidos, se convierten en palabras y expresiones de aceptación general aunque sigan raspando en ciertos oídos.

Uno de éstos es la confusión entre los términos *ostentar* y *detentar* que se comete por locutores y comentaristas de los miles de programas de debate que proliferan en radios y televisiones. Se dice que fulano *detenta* el cargo de presidente de tal o cual entidad cuando el tal fulano muy posiblemente ejerce ese puesto dentro de la más absoluta legalidad y, por lo tanto, si así lo desea, lo puede *ostentar*. Efectivamente, ostentar es “mostrar o hacer patente algo” y también “hacer gala de grandeza, lucimiento y boato”, según enseña la RAE, conceptos ambos que parecen implicar un derecho de posesión de algo, e incluso un especial merecimiento para su posesión. Por el contrario, detentar es, según la misma autoridad del lenguaje, “retener y ejercer ilegítimamente algún poder o cargo público” y, dicho de una persona, “retener lo que manifiestamente no le pertenece.” ¡Menuda diferencia!

No se trata de establecer una censura puritana contra el habla de los medios, y ni siquiera con los que en ellos ejercen su trabajo de hablar que además muchas veces han de hacerlo apresuradamente y sobre cuestiones que les vienen de refilón, aunque bien pudiera sobrevolar por las redacciones y estudios un discreto geniecillo que con una fina vara láser diese un toque cuando se deslizan gazapos de ese o parecido porte que pueden ajar el mérito de alguien. Precisamente lo que más molesta de esta cuestión es la contumacia y la absoluta naturalidad con la que se comete.

RECURSOS HUMANOS.

José Ignacio de Arana.

El hombre ha considerado siempre la sentencia divina “Ganarás el pan con el sudor de tu frente” como condenatoria. Bien es cierto que la interpretación ha ido matizándose y no ha sido así en todos los tiempos, por todas las personas ni, sobre todo en todas las circunstancias, pero el concepto punitivo del trabajo para vivir está en el más hondo sustrato del inconsciente colectivo. Uno de los procesos más interesantes en la historia del pensamiento es el que ha discurrido sobre el valor del trabajo hasta convertirlo en un bien en sí mismo; la utopía ya no es el edenismo de una vida sin trabajar sino un mundo con trabajo para todos. Pero esto daría para un sesudo ensayo y aquí sólo quiero hacer un comentario marginal relacionado con el lenguaje. Se trata de comprobar cómo han aparecido términos relacionados con el trabajo que quizás no contribuyen mucho a su dignificación. Es el caso de “Recursos humanos” aplicado al conjunto de los trabajadores de una empresa en particular o de la sociedad en general y al departamento que gestiona sus asuntos. Antes se hablaba de “Personal”, ahora ya de “Recursos Humanos” por contraposición, se supone, a recursos materiales, mecánicos, económicos o de algún otro tipo. Las personas se han transformado en recursos, en piezas clasificables con los que se actúa sobre un plano o un casillero: aquí encaja esta máquina, aquí este hombre o esta mujer. Y todos dentro de un engranaje que, desde luego, no tiene caras ni mucho menos sentimientos.

Hace cincuenta años en España se ideó el eufemismo “productor” que desterraba la palabra “obrero” considerada peyorativa; ahora ni eso, simple recurso al servicio de una superestructura; y habrá quien lo considere avance. La situación actual de la sociedad ha puesto a los departamentos de Recursos Humanos y a sus gestores en el punto de mira de millones de “seres humanos” con sus cargas cada vez mayores de problemas a cuestas que acuden hasta allí como en peregrinación. ¡Y si hubiera para todos...!

FRAGANTE Y FLAGRANTE.

José Ignacio de Arana.

Traigo hoy dos palabras, no muy habituales ciertamente, que por su sonido podrían parecer emparentadas entre sí y que, de hecho, se confunden a veces en el habla común cuando en realidad designan cosas distintas aunque hemos de ver que en este caso la Academia nos hace un flaco servicio por cuanto contribuye en algún sentido a la confusión; pero no adelantemos acontecimientos.

Fragante es lo que tiene o despidе fragancia, del latín *fragrans*, *-antis*, aroma suave y delicioso, y éste de *frago*, oler; es decir, lo que huele bien.

Flagrante procede del desusado *flagrar* que significa arder, resplandecer como fuego o llama y se utiliza para denominar algo que se está ejecutando actualmente o que es de tal evidencia que no necesita pruebas. Es también, se nos enseña, una locución adverbial traducible por “en el mismo momento de estarse cometiendo un delito, sin que el autor haya podido huir.”

Y aquí es donde viene el enredo. La fórmula utilizada para expresar esa situación, lo mismo en el lenguaje popular que en el forense que siempre presume de exactitud en su terminología, es “IN FRAGANTI”, lo que parece enmarañar el olor con el resplandor aunque ambos puedan ser sensaciones extraordinariamente destacables. Una primera tentación nos llevaría a corregir la frase por “in flagranti”, aun conservando la formulación latina que le presta solemnidad. Pero nos encontramos con esta sentencia emitida por una autoridad como el académico don Manuel Seco en su fundamental obra *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* (Espasa. Madrid. 2004) que debería ser libro de cabecera para todos los que alguna vez empuñamos la pluma o tecleamos el ordenador: “In fraganti es deformación de la locución latina in flagranti; pero la forma latina pura no se usa nunca, mientras que la deformada es la normal y la que figura en los diccionarios. La variante, más alterada, en fraganti no se considera aceptable.” No hay explicación; sólo la costumbre de uso, si bien ésta en materia de lengua se convierte a menudo en ley.

Y algún lector dirá: “y ¿qué se nos ha perdido a los médicos en estos andurriales de lo fragante y lo flagrante?”. Pues, le contestaré, un detalle del correcto hablar que en nuestro oficio debiera de ser un atributo obligado como el correcto vestir.

NUEVA JERGA.

José Ignacio de Arana.

Cierto día, no hace mucho, solicité en mi hospital un informe de psiquiatría sobre un adolescente que presentaba, junto con una concreta sintomatología física, claras alteraciones de comportamiento mental. En el informe que recibí de mis compañeros psiquiatras se citaban en varias ocasiones “adversidades psicosociales” y “cuadros somatomorfos” con lo que en un principio confieso que se me quedó el entendimiento a cuadros o, como he oído decir a algún amigo, *pixelado*, palabra del ámbito informático que parece haber saltado recientemente al habla común. No me cansaré, aun a sabiendas de la inutilidad del esfuerzo, de repetir aquella admonición cervantina del *Retablo de maese Pedro* que incluye en el episodio de *El Quijote*. “Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.” ¿A qué viene lo de psicosociales y somatomorfos? ¿No hay forma más llana de decir las cosas? ¿En qué suerte de laberinto se había extraviado el pensamiento de aquel muchacho? Hubiese bastado con referirse a somatización de algún problema psicológico vivido en su ambiente, concepto ya bastante abstruso de por sí, para decir lo mismo; pero no, había que crear una nueva terminología. Las complicaciones de la vida diaria, en el obligado contacto con quienes nos rodean porque no somos seres aislados y muy pocos tendrán vocación de anacoretas y oportunidad de ejercer de tales, pueden a menudo ser bastante insoportables y provocarnos uno o más síntomas y signos orgánicos: eso lo sabían hasta los hipocráticos y los que intentaban tratar enfermos antes que ellos. Pero las adversidades psicosociales y los episodios somatomorfos parecen cosas de otro mundo. Comprendo que la vieja palabra *histeria* se ha transformado con el mal uso en un término peyorativo y casi burlón que desvirtúa su primitiva concepción como ente patológico claramente definido; que *trastorno de conversión*, que vino a sustituirlo por un tiempo, no dice nada, es una expresión hueca; pero es que estamos llegando a unos extremos de neolengua, quizá por un disculpable temor del médico a decir las cosas con clara dureza eludiendo cierto tipo de responsabilidades, que terminaremos por necesitar un glosario de las nuevas jergas de nuestro viejo oficio.

TERTULIA MEDIÁTICA. (I)

José Ignacio de Arana.

La tertulia es una institución típicamente española aunque tenga y haya tenido parecidos en otros países. Pero es aquí donde se desarrollaron estas reuniones periódicas de gentes simplemente para conversar. Su origen se quiere rastrear en el Siglo de Oro y en los corrillos que se formaban a la salida de los teatros para comentar la obra representada y ya derivar la charla a otros muchos asuntos de la actualidad y a los célebres “mentideros” que se reunían en determinados puntos de las ciudades para dar rienda suelta al rumor, la maledicencia o la simple bullanga ciudadana. Recuérdese el famoso mentidero de San Felipe Neri, reunido en las gradas de esta iglesia madrileña junto a la Puerta del Sol, protagonista de algunos relatos de nuestra poesía y novela de aquel siglo esplendoroso. Mas la tertulia tal como la solemos entender, en el ámbito cerrado de un café, con asistentes fijos y público de aluvión, es propia del siglo XIX y principios del XX, con una especial predilección por Madrid, si bien otras ciudades las tuvieron y bien famosas como la de Unamuno en el Novelty de la plaza mayor salmantina. Solían tomar el nombre del sitio de reunión y las tertulias del Pombo, el Gijón, el Lion D’or, el Fornos, el Levante... y así hasta ciento sembraban la capital. Cada una tenía, sin ninguna norma escrita, su presidencia en la persona más significativa, con mayor autoridad intelectual, del grupo habitual. Pérez Galdós, Ramón y Cajal, Gómez de la Serna, Díaz Cañabate o Cela han inmortalizado muchas de ellas a las que acudían con devoción. Desaparecieron con el cambio del ritmo de vida desde mediado el siglo XX y parecían arrumbadas en los recuerdos de los viejos libros de antigüedades que se ojean como reliquias.

Pero he aquí que los nuevos medios de comunicación, sobre todo la radio y la televisión, las han resucitado aunque con las peculiaridades de los tiempos. Hoy no habrá ninguno de esos medios que no tenga en su programación una tertulia si es que no tiene diariamente media docena. La humosa y cálida atmósfera del café se ha sustituido por el ambiente del cuarto de estar casero. La intercomunicación de los “mirones” con los tertulianos se hace mediante SMS o correos electrónicos, ambos a buen precio. Pero la afición se ha desatado otra vez y de qué modo. En otro artículo comentaré las similitudes entre aquéllas y éstas con algunos detalles que no parecen haber cambiado en absoluto.

TERTULIA MEDIÁTICA (II).

José Ignacio de Arana.

Dejábamos en un artículo anterior a las tertulias en su renacimiento mediático arrollador y las retomamos ahora en este punto. Hablé de similitudes con las antiguas pero quizá inicialmente habría que señalar lo que las diferencia. En primer lugar, el escenario; aunque algunas se esfuerzan por presentar un ambiente recogido, de proximidad entre los contertulios, es lógico que la naturaleza del medio imponga sus restricciones. La radio sí lo permite y quizá por eso sus tertulias resultan más espontáneas en su desarrollo; pero la televisión exige el plano frontal de los participantes y ello conlleva el que éstos no se vean las caras sino de refilón o en un monitor que ya es un elemento extraño al grupo. La lejanía física con los “mirones” es otro factor distorsionador; la intimidad con éstos, aunque fuesen considerados como clase “ajena” y no tuviera casi nunca el más mínimo derecho de participación, si que imponía a veces a los tertulianos una cierta censura a través de sus gestos inevitables. Pero quizá la diferencia más notable y al mismo tiempo más desazonadora sean las obligadas pausas publicitarias que demasiado a menudo rompen la continuidad de la atención y propician el desinterés por la cuestión que se está tratando.

Vayamos a los parecidos. Basta leer los relatos sobre las viejas tertulias de café para darse cuenta de que ahora como entonces los tertulianos no van allí a aprender nada del vecino de velador o de mesa de redacción sino a dogmatizar sobre lo que sea que se hable. Porque eso sí, saben jugar a todos los palos; da igual el asunto de que se hable, social, político, económico, científico..., ellos tienen su opinión muy clara; sin fundamento intelectual de ningún tipo probablemente, pero eso es lo de menos: tienen algo mucho más importante por lo que se ve: audiencia. Y además una audiencia generalmente acrítica que traga y asimila todo lo que se le aporta a través de las ondas. Algunos contertulios, también a imagen de los ya históricos, consiguen crearse una imagen de “tregasables”, hoscos, intemperantes, agresivos con quien se atreve a disentir siquiera sea ligeramente de lo que ellos dicen; curiosamente son los que más popularidad alcanzan y eso les engorda aún más el áspero ego con lo que no hay que esperar enmienda. Lo que se comenta en estas tertulias conforma el argumentario de las conversaciones que luego se oyen por la calle, arrastrando sus mismos errores. Y los profesores en sus cátedras desgañitándose para enseñar cuatro cosas. España.

FINLANDIA Y LA CALIGRAFÍA.

José Ignacio de Arana.

Las autoridades educativas de Finlandia han decidido, según recogen varios medios de comunicación, suprimir a partir de 2016 la enseñanza de la escritura manuscrita, sustituyéndola por la mecanografía que, dicen, se adapta mejor a los nuevos sistemas que los niños y no tan niños utilizan en la actualidad: tabletas, ordenadores, teléfonos móviles, etc. Leída la noticia con más detalle, parece que lo que se va a dejar de enseñar es la escritura *cursiva*, esto es, la que a mano liga unas letras con otras para escribir más deprisa como la define el DRAE; seguirá, a lo que parece, enseñándose la escritura manual en mayúsculas –o sea, al estilo de los textos romanos-, con las letras separadas. También pretenden sustituir esta enseñanza por otras habilidades manuales como el dibujo. Debido a la fascinación, en parte justificada, en otra quizá no tanto, que en otros muchos países, entre ellos España, se siente por los métodos educativos finlandeses, es más que probable que a no tardar mucho copiemos esta innovación en nuestras escuelas.

La caligrafía, sin embargo, no es una actividad manual cualquiera. Está ampliamente demostrado que las relaciones entre el cerebro y la manipulación que tal técnica exige, se desarrolla en ambos sentidos. El cerebro regula los finos movimientos de la mano a la vez que envía los datos sobre lo que esos trazos han de significar; en sentido contrario, la forma de escribir es capaz de estructurar y modificar algunas de las finas conexiones cerebrales. La psicología, y también la psiquiatría han sabido utilizar esta relación para encontrar en la grafología un instrumento de ayuda para su práctica. No se trata, no, de la grafología como asunto de pseudociencia usado para llenar páginas en revistas de peluquería y de las llamadas del corazón o de la bragueta. Es que se ha comprobado que la “letra” del individuo trasluce algunas o muchas de sus pulsiones afectivas y, a su vez, instruyendo en la modificación de un determinado tipo de escritura es posible hacerlo con ciertas actitudes emocionales. Y qué decir de la utilísima pericia caligráfica forense que tantos casos policiales y judiciales ayuda a resolver.

Una población que no sepa escribir a mano, aunque tenga a su alcance todas las más modernas tecnologías, habrá dado un salto atrás en la cultura y yo creo que también en su desenvoltura del día a día. No digo ya nada de los que seguimos fieles al uso de la pluma estilográfica, que formamos parte de un museo de antigüedades, sino cualquier persona que en algún momento requiere “papel y lápiz”

para hacer una anotación o, por ejemplo, firmar un documento. Adiós firma, adiós rúbrica, adiós caligrafía, adiós personalidad. Los nórdicos son los que mejor enseñan y educan, pero ¿no nos estaremos pasando?

FAVISMO.

José Ignacio de Arana.

El favismo, como se sabe, consiste en una enfermedad genética, la deficiencia de un enzima de los eritrocitos, la *glucosa 6 fosfato deshidrogenasa* que tiene como consecuencia que la ingestión de una serie de sustancias, inocuas para la población general, sea tóxica al producir hemólisis. El alimento que con más frecuencia desencadena las crisis son las habas (*vicia fava* en su nomenclatura latina), de ahí su nombre. Esas crisis pueden llegar a ser mortales aunque lo habitual es que sólo se produzcan vómitos, dolores abdominales, orina oscura y malestar que ceden en unos cuantos días si se ha suprimido el alimento implicado. El paciente, antes de ser diagnosticado aprende empíricamente a rechazar esa y otras legumbres y las elimina de su dieta. Y este aprendizaje ha dado lugar a curiosas historias como ésta de un célebre personaje al que todos conocemos desde el colegio.

Pitágoras, creador del término filósofo, “amante de la sabiduría”, para responder a los que le interpelaban sobre su dedicación en la vida, había nacido en la isla de Samos, viajó de joven por Egipto y por Oriente y a su regreso emigró a lo que entonces se denominaba Magna Grecia. Se instaló en Crotona y en ese lugar creó la “Escuela pitagórica”; podían ingresar tanto hombres como mujeres, pero antes tenían que hacer un solemne voto de castidad; todos debían vestir de la manera más sencilla y decente, estaba prohibido reír y al final de cada curso estaban obligados a hacer públicamente una confesión de las desviaciones que hubiesen cometido en las normas. Además, al ingreso debían renunciar a tomar vino y a comer carne, huevos... y habas, so pena de expulsión de la comunidad. Esta prohibición tan drástica de las habas en la dieta siempre ha llamado la atención de los historiadores. Hoy podemos estar casi seguros de que obedecía a una prevención de Pitágoras hacia este alimento por padecer él mismo la enfermedad del favismo.

La labor filosófica y matemática de Pitágoras es realmente extraordinaria. Pero, además, quiso con sus ideas transformar la sociedad civil de Crotona propugnando la creación de lo que para él era la “república perfecta”. Los crotonenses decidieron amotinarse y Pitágoras huyó de noche y llegó corriendo hasta un campo sembrado de habas entre cuyas altas plantas se hubiera podido esconder, pero su visceral rechazo a la leguminosa le impidió tirarse al suelo, de modo que fue descubierto y muerto allí mismo: entre habas.

GUANTES.

José Ignacio de Arana.

Sobre las prendas de vestir se han escrito centenares o miles de artículos, ensayos e incluso tratados de muchas páginas por sesudos estudiosos del comportamiento humano. Uno de los mejores es, sin duda, el de Gregorio Marañón incluido en su libro *Vida e Historia* donde el médico da un completo repaso a la evolución del ropaje y al significado que en cada época han tenido las diferentes piezas del vestuario, que sobrepasa con mucho su primigenia función de abrigo contra las inclemencias del tiempo. De entre todas estas prendas hay una que me ha llamado especialmente la atención de una forma casual: mientras repostaba combustible en el coche me di cuenta de que acababa de ponerme, e inmediatamente después desechar automáticamente en la basura, unos guantes. Unos guantes, sí, de material plástico deleitable y de talla y moldura universales, pero quizás la parte del ropaje que más ha simbolizado el señorío en casi todas las épocas. Ciento, se me dirá, que vaya ocurrencia, que guantes para proteger las manos se han usado siempre, que en nuestra época los guantes de látex de uso médico, los que utiliza el ama de casa para lavar la vajilla, los disponibles en cualquier frutería de supermercado y los mismos de las gasolineras de autoservicio, forman parte inconsciente del imaginario popular. Pero no por todo ello me deja de sorprender la banalización, por beneficiosa que sea para la comodidad del día a día, que se ha hecho de un objeto que en el vestir del ser humano ha tenido más connotaciones simbólicas. Un recuerdo que asoma entre la nebulosa de la infancia es el de las tiendas de guantes que exhibían sus artículos en el escaparate. En otros establecimientos venderían guantes vulgares y manoplas y mitones, pero aquellas eran tiendas de lujo que hacían detenerse a numerosos viandantes, la mayoría de los cuales ni por asomo podrían comprar sus ofertas. En Norteamérica aún hoy día ninguna mujer saldrá de su casa, si es para acudir a algún acto social, sin enfundarse unos guantes como detalle de sofisticada elegancia. ¿Defensa contra el frío?, no lo creo en Florida o California; evocación del complemento último y más personal de un vestuario. El guante masculino perdió hace muchos años cualquier utilidad distinta a la del abrigo. Muchas mujeres, aderezadas de gala o fiesta, se sentirían incompletas, casi desnudas, sin los guantes. Los de la verdulería y la gasolinera no se merecen ese nombre; pero no se me ocurre otro.

DEFECAR.

José Ignacio de Arana.

Con el comer, que es un acto objetivamente instintivo, en el ser humano desde luego de estirpe animal y primitiva, sucede que ha tenido siempre “buen nombre”. Comiendo subvenimos a una necesidad orgánica ineludible, por supuesto, pero además encontramos en su acción una serie de connotaciones agradables que se superponen a la ya de por sí gratificante de aplacar el hambre. Naturalmente han sido necesarios muchos milenios para que descubriéramos el “placer” de comer, y muchos más para que le añadiéramos el de “comer en compañía”. Comoquiera que sea, comer nos gusta, constituye una buena práctica social, y todo lo que se refiere a “masticar y desmenuzar el alimento en la boca y pasarlo al estómago”, definición académica, nos parece en principio agradable; incluso, claro está, el vocabulario asociado a ese acto que la RAE describe, a su estilo, con tanto pragmatismo como falta de emoción. Las palabras vinculadas con comer son utilizadas prácticamente siempre en un contexto amable y muestran una buena disposición del ánimo; hasta ponderamos algunas cosas diciendo de ellas que “están para comérselas”.

Pero el proceso digestivo, todo igualmente natural, del que el comer no es más que el principio, sigue su curso biológico y necesariamente se alcanza el polo opuesto y hay que defecar, expeler los excrementos, nos dice la misma RAE. Y aquí las cosas del lenguaje han cambiado por completo. Aparecen los remilgos, las búsquedas de sinónimos y los eufemismos. Y no será porque el diccionario no contenga un abundante catálogo de términos para nombrar ese acto fisiológico y sus muchas peculiaridades. Pero el médico que hace una historia clínica a un paciente y que le habrá preguntado de corrido por qué tal come y por varios detalles del modo en que ingiere los alimentos, se verá restringido por su pudor al hacer el interrogatorio sobre la defecación; y el paciente que contestó con soltura a lo primero, sentirá un cierto regomello al responder sobre esa cuestión aunque muchas veces resida ahí el problema que le llevó hasta el doctor. La escatología se ha tratado ya en este laboratorio en alguna ocasión, y es un tema curioso la transformación tan drástica que sufre el uso del lenguaje para tratar dos funciones tan emparentadas en el decurso del pensamiento médico. Desde luego, el proceso de la alimentación humana es uno de los que en mayor medida bullen en el inconsciente.

DIVAGACIONES INSUSTANCIALES SOBRE LENCERÍA.

José Ignacio de Arana.

Pasamos un tercio de la vida en la cama; todos llevamos bajo las prendas de vestir que están a la vista otras que denominamos “ropa interior”. Y, sin embargo, el vocabulario de ambas cosas, tan unidas a diario a nuestros cuerpos, no suele formar parte del lenguaje habitual. Hablamos con desenvoltura de chaquetas, camisas, pantalones, blusas, vestidos... tanto en conversaciones sobre ellos como utilizando esas palabras en cualquier otro contexto; son normales, están incluidas en el ámbito en el que se desenvuelve una charla común y no suscitan ningún recelo en el habla. Los médicos atendemos muy frecuentemente a personas que yacen en la cama y que están si acaso cubiertas por ropa interior, de modo que deberíamos estar familiarizados con su terminología.

La cama, de cuyos componentes seguramente sólo sabríamos enumerar almohada, almohadón, sábana, manta, colcha, colchón y alguno más si acaso, posee, sin embargo, un rico vocabulario con el que nos podemos encontrar cuando ejercemos nuestra profesión en lugares donde aún se conserva un lenguaje tradicional: embozo, pellica, frazada, lichera, cubrepies, sobrecama, almozala, cobija, tornalecho y varias docenas más. Hay también preciosas expresiones como la que hace poco escuché en boca de la dueña de una casa rural perdida en la geografía andaluza: para decirme que ya podía subir a la habitación a acostarme me anunció que ya me había “hecho la cortesía”; ésta consistía en la apertura de la cama retirando ligeramente el embozo; algo que es costumbre hacer por el servicio de habitaciones de algunos hoteles, pero que con ese nombre, “hacer la cortesía”, adquiría un encanto y amabilidad especiales.

En cuanto a la ropa interior, estas insulsas divagaciones sólo se van a detener en una de sus prendas más significativas: las bragas; así, en plural, como se dice en español aunque sea un atavío único. Existe una reticencia generalizada a utilizar esa palabra confinándola al grupo de las que el pudor excluye de la conversación “seria”. Ese freno que impone el recato ha hecho que cuando la publicidad se ha visto forzada a usar el nombre de la prenda para algún anuncio haya creado el niñoísmo “bragueta” como si el diminutivo le restase agresividad al vocablo. Da cierto alipori pensar en él cuando se contemplan, aun sin hacerlo de propósito, los antifonarios que circulan por nuestras calles, en muchos de los cuales ronda amenazante la esteatopigia.

MERIDIANAMENTE.

José Ignacio de Arana.

La expresión “meridianamente claro” es una redundancia o un pleonasio. Meridiano, perteneciente o relativo a la hora del mediodía, ya significa clarísimo, luminosísimo porque en esos momentos, con el sol en el punto más alto del horizonte, la luz de nuestra estrella alcanza su máxima radiación. También sabemos que meridional es lo perteneciente al sur pues el mismo sol en ese momento señala exactamente a ese punto cardinal. Hasta aquí todo muy claro y archiconocido para cualquier lector... que habite en el hemisferio norte del globo terráqueo, es decir más de la mitad de la humanidad, pero ni mucho menos todo el mundo. En el otro hemisferio, a mediodía el sol señala exactamente... el norte geográfico. Esta diferencia se debe, naturalmente, a la esfericidad de la tierra. Pero hasta que ésta fue reconocida ese detalle dio lugar a episodios histórico-culturales bastante sabrosos. Es el caso de Herodoto, el viajero y geógrafo griego, quien alertaba contra la falta de credibilidad de los geógrafos egipcios porque algunos de éstos aseguraban que en sus viajes por la costa occidental de África habían llegado a un punto en el que al mediodía el sol estaba en el norte, ¡qué mentira más grande! No podía saber, ni se le ocurrió pensar, que aquellos navegantes habían cruzado la línea ecuatorial.

La luz del sol, su calor, se han considerado siempre un aliado de la medicina para el mantenimiento y promoción de la salud. La helioterapia, de la que se habló ya en este laboratorio, es parte importante de la terapéutica natural y la medicina ha mostrado gran interés en buscar su ayuda construyendo los edificios sanitarios con una orientación que permitiese el mayor tiempo de insolación para los pacientes allí acogidos. Los hospitales clásicos edificaban sus galerías o pabellones de tal modo que recibiesen durante el máximo de horas posible esa luz directa, es decir, hacia el mediodía. Uno de los ejemplos más bellos arquitectónicamente es la llamada “galería de convalecientes”, una de las dependencias del hospital monástico de El Escorial. También los claustros monacales están siempre en el lado meridional de los edificios. Hospitales y monasterios son creaciones de unas culturas nacidas en el hemisferio norte. Si encontráramos algo similar al otro lado del ecuador, tendríamos que cambiar nuestra orientación y con ella nuestro vocabulario, algo que a la mayoría no se nos ocurre cuando viajamos a países australes, cosa que hoy es muy frecuente y fácil.

APETITOSO.

José Ignacio de Arana.

Cuentan que don Miguel de Unamuno, desterrado por el gobierno a Fuerteventura en 1924, huyó de la lejana y árida isla para asentarse en Hendaya, a pocos kilómetros de la frontera española a esperar acontecimientos. Un diario madrileño envió hasta allí a un periodista para entrevistarle y el plumilla le preguntó qué era lo que más echaba de menos de España, esperando una respuesta cargada de intención que diese para un buen titular. El polémico escritor y filósofo contestó con la mayor seriedad: el ajo. Y es que en aquellos momentos de zozobra el paladar le traía los mejores recuerdos. Está muy comprobado que el paladar y el olfato, tan unido a él, tienen un poder evocador superior a cualquier otro sentido. En España es difícil que de un alimento no se pueda hacer un plato mínimamente gustoso: con ajo, aceite, vinagre, sal y cuatro hierbas se adereza casi cualquier cosa. Por eso choca más que los menús hospitalarios consigan ser, en general, tan sumamente insulsos, tan uniformemente desabridos, tan poco apetitosos en suma. Frente al común beneplácito de los pacientes hacia las demás funciones de nuestra sanidad, destaca siempre la queja sobre las comidas que en ella se sirven. Hemos de reconocer que la alimentación hospitalaria, junto con algún otro aspecto “hostelero” de los centros es un asunto que no se debe dejar como marginal al programar una asistencia sanitaria.

Un enfermo, salvo contadas excepciones que tienen también su arte culinario para darles un toque al menos de suculencia, puede comer de todo y hay que dárselo en las condiciones más parecidas a las hogareñas. Ya no estamos en los tiempos, no tan lejanos, en los que el guasón Enrique Jardiel Poncela podía decir aquello de “cuando se ve a un pobre comiendo merluza es que uno de los dos está muy malo”. Hoy casi todo el mundo come bastante bien y, sin embargo, en los hospitales todo el mundo come menos que regular. Vaya aquí también un alegato en defensa de los empleados dedicados a este menester: no es fácil, de hecho debe de ser prácticamente imposible, cocinar con gusto y al gusto de varios cientos o miles de personas; por experiencia sé que los materiales y productos utilizados son de excelente calidad, la cualificación profesional inmejorable, el deseo de los implicados es que todo quede bien; pero el resultado queda bastante corto. A la congoja de la enfermedad no podemos añadirle el estrago del paladar.

BAGATELA.

José Ignacio de Arana.

En el laboratorio más serio queda algún retal de tiempo para bagatelas, para hacer, a modo de juego con que distraer tensiones, alguna cosa de poca sustancia o valor. Mientras borbotean los matraces, se fija una preparación biológica o el archivero nos trae el legajo que hemos solicitado, un laborante de ánimo jocoso se puede entretenar, sin hacer con ello daño a nadie, en realizar una tarea insustancial. Es lo que vamos a hacer hoy aquí para trasgredir mínimamente la gravedad de este laboratorio nuestro; eso sí, sin salirnos del lenguaje como instrumental. Oscar Wilde lamentaba que en su época, y podríamos trasladarlo a la nuestra, escaseara tanto la información inútil. Un pensador tan sesudo como Bertrand Russell escribió en 1932 una obra titulada *Conocimiento inútil* en donde destaca la importancia que éste tiene para el buen regimiento de las culturas y de la sociedad. Del torero Rafael Gómez Ortega *El Gallo*, que frecuentaba la amistad de los intelectuales, se cuenta que al ser presentado a don José Ortega y Gasset y decirle éste que su profesión era la metafísica, rezongó diciendo: "*Hay gente pa tó*". Quiero con esto señalar que mucha gente entiende que el "saber por saber" sin que esa sapiencia se materialice en algo ni inmediata ni quizá remotamente útil es algo que también merece existir y que ocupemos en ello siquiera una pizca de nuestro precioso tiempo.

A estos efectos yo recomiendo un curioso libro titulado *Miscelánea original de Schott*, (Barcelona, El Aleph Editores, 2004), escrito o al menos recopilado por Ben Schott, en el que se recogen infinidad de conocimientos que se tendrán por triviales pero que nos airean el recargado ambiente que reina en el camaranchón donde guardamos la sabiduría provechosa. De esta obra tomo a manera de ejemplo un fragmento del distendido "estudio" sobre el trazo de nuestras letras mayúsculas:

Solo trazos rectos: A, E, F, H, I, K, L, M, T, V, W, X, Z.

Sólo trazos curvos: C, O, S.

Simetría horizontal: B, C, D, E, H, I, K, O, X.

Simetría vertical: A, H, I, M, O, T, u, V, W, X, Y.

Simetría horizontal y vertical: H, I, O, X.

Son iguales cabeza abajo: H, I, N, O, S, X, Z.

Se pueden escribir de un solo trazo: B, C, D, G, I, J, L, M, N, O, P, R, S, U, V, W, Z.

LEY DE STIGLER.

José Ignacio de Arana.

La lista de los pecados capitales que aprendimos en la infancia pone en primer lugar, y no es casualidad, a la soberbia. Su parente próximo, la vanidad, nos afecta en mayor o menor grado a todos los humanos, pero encuentra campo abonado entre los intelectuales y especialmente en el seno de la comunidad científica a la que pertenecemos los médicos. Claro que luego el acontecer de la vida suele traer consigo una cura de humildad para muchos; cura que es dolorosa o cuando menos amarga para quien la recibe y de la que en una mayoría de las ocasiones no tiene noticia ni siquiera vislumbre el común de la gente. Esta vanidad intelectual tiene incontables manifestaciones; una de ellas es la de bautizar los descubrimientos o los inventos con el propio nombre con el ánimo de pasar a la posteridad siendo evocado cada vez que aquéllos se utilicen o mencionen. Pero he aquí que esto sucede en realidad pocas veces y, por el contrario, los hallazgos se renombran con epónimos que son los que todos conocemos y damos por buenos y originales. Un caso paradigmático, quizá, además, uno de los más sangrantes de la historia sea el del continente americano. ¿Quién rasca hoy en el origen de ese nombre, América, y aunque lo haga se detiene un minuto a considerarlo una injusticia del lenguaje? América hubiera debido llamarse Colombia o algo parecido y, sin embargo, recibe su nombre del de un mero, por importante que fuese, cartógrafo italiano, Américo Vespucio.

Como en este mundo todo está estudiado y de casi todo se puede deducir una ley, con esto sucede lo mismo. En esta ocasión se llama *Ley de Stigler de los epónimos* y sobre ella hay nada menos que 33.000 entradas en Google aunque reconozco que yo he tenido noticia de su existencia hace poco tiempo. Reza así: “*Ningún descubrimiento científico lleva el nombre del que realmente lo hizo.*” Stephen Stigler es un profesor de estadística de la Universidad de Chicago que en 1980 publicó su trabajo en la revista *Transactions of the New York Academy of Sciences*. El propio Stigler, para apoyar su tesis, reconoce que fue formulada antes por Robert Merton, sociólogo estadounidense. Parece una más de las conocidísimas leyes de Murphy, tan cierta e inexorable como éstas. La relación de casos conocidos, que yo encabezaría con el ejemplo americano, aunque no lo he visto así reflejado, es muy larga y puede leerse en cualquiera de esos enlaces de internet citados. *Vanitas vanitatis et omnia vanitas* está escrito en un buen libro.

MADRES POSESIVAS.

José Ignacio de Arana.

Las sufrimos en primera línea de combate los pediatras, pero están a la vista y el oído de cualquiera. Son aquellas que explican así la enfermedad del hijo que justifica la consulta: "El niño no *me* come nada", "*me* ha vomitado seis veces", "*me* tose una barbaridad", "no *me* duerme". Utilizan el pronombre personal en acusativo como si fueran ellas el objeto directo del verbo, comer, vomitar, toser, dormir... Una muestra de posesión puesto que consideran los actos del hijo como proyección de los suyos propios, no lo ven como alguien individual e independiente que padece a su modo. Suelen ser las mismas madres que cuando el niño es todavía más pequeño desarrollan una curiosa y hasta divertida vocación por la ventriloquía. El pediatra pregunta, a la madre, claro, ¿qué tal está el niño? Y la mujer, con su hijo en los brazos al que mira con embeleso, atiplando la voz y pronunciando las palabras con afectada incorrección que pretende remediar la de un bebé que balbucea, responde: "*Etoy muy ben dotor.*" Y se queda tan a gusto esperando la siguiente pregunta del interrogatorio médico. El pediatra, que conoce el paño, procura ya preguntar poco y pasa de inmediato a la exploración física de la criatura mientras disimula una media sonrisa burlona en su rostro.

La pediatría requiere una habilidad particular para comunicarse directamente con el niño saltándose muchas veces la barrera materna o familiar en general; habilidad de la que suelen carecer otros especialistas a los que la sola presencia de un chiquillo en la consulta no digo que les intimide, pero sí que les incomoda. Es una suerte de lenguaje sin palabras o con pocas; más de gestos, de miradas y de actitudes. En no pocas ocasiones la verborrea del familiar incluso dificulta esa comunicación médico-paciente que no se parece a la de ninguna otra rama de la medicina. A muchas madres les cuesta comprenderlo e insisten en ser ellas las que hablen por el niño. Pero ¡por Dios!, si los niños nos hablan a su manera. Claro que sería prácticamente imposible traer ese lenguaje a un laboratorio como éste para su análisis: no tiene gramática, ni preceptiva, ni entiende de etimologías, ni siquiera es reproducible en un texto escrito, pero existe y los lectores que esté habituados, con gusto, eso sí, al trato infantil reconocerán la verdad de esto que digo.

PALABRAS LEJANAS.

José Ignacio de Arana.

El Grupo de Trabajo de Historia y Documentación Pediátricas, perteneciente a la Asociación Española de Pediatría, se ha impuesto la benemérita tarea de recuperar textos antiguos de la especialidad para publicarlos luego en su página web <http://www.aeped.es/historia> y ponerlos así al alcance de los colegas actuales que en una gran mayoría ignoran siquiera la existencia de esos escritos en los que se plasman conocimientos fundamentales de nuestra ciencia. En el año de 2011, por ejemplo, se cumplieron cuatro siglos exactos de la publicación de la importantísima obra de Luis Mercado *De puerorum educatione* y de la no menos interesante de Francisco Pérez Cascales *Liber de affectionibus puerorum*; ambos son verdaderos tratados de pediatría en los que, por ejemplo, se hacen las primeras descripciones, con una exactitud semiológica maravillosa, de una enfermedad poco estudiada hasta entonces como es la difteria infantil. Mercado, al hablar de la angina diftérica de los niños le da un nombre con el que la enfermedad ha sido conocida desde entonces: *garrotillo*, por alusión a la técnica de “garrote” o asfixia por estrangulamiento que se aplicaba en España a los condenados a la pena capital. El estudio de Mercado de esta enfermedad fue acogido con el máximo interés en toda Europa y ha seguido vigente hasta el siglo XIX que aportó sus conocimientos microbiológicos. Cascales también se ocupa ampliamente del garrotillo en su tratado.

Pero en esos textos clásicos es frecuente que aparezcan palabras que chocan con nuestros actuales conocimientos no ya de medicina, que muchas veces también, sino con los del lenguaje. Así Cascales, en el capítulo titulado *Sobre la supresión de la orina sin que llegue a la vejiga*, es decir, lo que hoy llamaríamos insuficiencia renal o anuria, utiliza repetidamente el término de *venas emulgentes*. Uno se va entonces al DRAE y allí encuentra, en efecto, que emulgentes son los vasos, venas y arterias, renales y parece quedar tranquilo; pero cuando el mismo lexicón remite su etimología al latín *emulgere*, ordeñar, las dudas nos vuelven a asaltar: ¿qué tendrá que ver el ordeño con la orina? Y luego nuestros queridos textos se salpican de *recrementos crudos y consumidos, vapores ardientes, humores cocidos, ímpetus de flujo y materia pecante* y ya la cabeza empieza a darnos vueltas. Pero todo absolutamente tiene su significado y actualizarlo constituye una de las labores más meritorias a la vez que sugestivas y estimulantes del citado grupo de Trabajo.